



**Memoria** que *echa raíces*

Escriben **Álvaro Sierra,**  
**Élber Gutiérrez** y **Juan D. Restrepo**

**Bojayá** y *sus duelos íntimos*



CON  
MEMO  
RA



Ahora en AM y FM

106.9 FM

y en las emisoras de la Red de Radio Universitaria de Colombia

*“En sintonía con todas las voces y las memorias”*



CONSULTE  
LOS DIALES



**Revista Conmemora**  
Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)

**Director General del CNMH**  
Gonzalo Sánchez Gómez

**Editor**  
Jorge Iván Posada

**Jefe de redacción**  
Daniel Valencia

**Diseño y diagramación**  
Andrea Leal  
Ignacio Neuta

**Corrección de estilo**  
Martha J. Espejo

**Editor fotográfico**  
César Romero

**Colaboradores externos**  
Elber Gutiérrez  
Juan Diego Restrepo  
María Luna Mendoza  
Mauricio Acevedo  
Miguel Bustos  
Elizabeth Builes

**Foto de portada**  
César Romero. *Desenterrar la verdad en Puerto Torres, 2015.*

**Fotografías**  
César Romero  
María Paula Durán  
Juan Arredondo  
Fundación Carlos Pizarro  
Magdalenas por el Cauca

**Equipo de comunicaciones del CNMH**

Ayda María Martínez  
Carlos Andrés Prieto  
Camilo Lozano  
Cecilia Andrea Acosta  
Daiana Aguilar  
Giselly Andrea Mejía  
Harold García  
Juan Carlos Vargas  
Juliana Duque  
Lina Farías  
Luis Carlos Manjarrés  
Marcelo Díaz  
Natalia Vélez  
Paola Bolívar  
Santiago Moreno  
Tatiana Peláez  
Viviana Pineda

**Preprensa e impresión**  
Panamericana Formas e Impresos S.A.

**CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA**

**Consejo Directivo**

**Presidenta**  
Tatyana Orozco de la Cruz  
**Directora del Departamento  
Administrativo para la Prosperidad Social**

Mariana Garcés Córdoba  
**Ministra de Cultura**

Gina Parody d'Echeona  
**Ministra de Educación Nacional**

Yesid Reyes Alvarado  
**Ministro de Justicia y del Derecho**

Paula Gaviria Betancur  
**Directora Unidad para la Atención  
y Reparación Integral a las Víctimas**

Kelly Julieth Leal Castillo  
Leonardo Favio Benítez Montes  
**Representantes de víctimas**

Gonzalo Sánchez Gómez  
**Director Centro Nacional de Memoria Histórica**

**Asesores de Dirección del CNMH**

Andrés Fernando Suárez, Patricia Linares Prieto, María Emma Wills  
Obregón, Paula Andrea Ila, Doris Yolanda Ramos Vega, Álvaro Sierra

**Directores Técnicos**

Álvaro Villarraga Sarmiento  
**Dirección de Acuerdos de la Verdad**

Ana Margoth Guerrero de Otero  
**Dirección de Archivo de Derechos Humanos**

Martha Nubia Bello  
**Dirección de Museo de la Memoria**

Camila Medina Arbeláez  
**Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica**

Janeth Cecilia Camacho Márquez  
**Dirección Administrativa y Financiera**

César Rincón  
**Jefe Oficina Jurídica**

Adriana Correa Mazuera  
**Coordinación Equipo de Comunicaciones**

ISSN 2346-4046



**Centro Nacional  
de Memoria Histórica**

www.centrodememoriahistorica.gov.co  
comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co  
Teléfonos: (57 1) 7965060  
Carrera 6 N° 35-29, barrio La Merced, Bogotá D.C.-Colombia  
www.facebook.com/memoriahistorica  
@CentroMemoriaH



**EDITORIAL**

El síndrome de Korsakoff

3

**CORTOS**

4

**CRÓNICA**

Bojayá y sus duelos íntimos

10

**MUSEO NACIONAL DE LA MEMORIA**

El ágora de la memoria

16

**REPORTAJE INTERNACIONAL**

Pedalazos por la vida

18

**ENTREVISTA**

Ida y vuelta al infierno

20

**REPORTAJE GRÁFICO**

Memoria que echa raíces

22

**RECONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA**

Cuando los cuerpos hablan

30

**ARCHIVOS**

El valor de un periódico de ayer

33

**PERFILES**

Es la guerra y también me pasa a mí

36

**CRÓNICA**

Relatos que se niegan a naufragar

40

**DAV**

Las otras caras de la verdad

42

**OPINIÓN**

Escriben Álvaro Sierra y Juan D. Restrepo

44

**CÓMIC**

Memoria en la ciudad

46



# El síndrome de Korsakoff

“Somos nuestra memoria” afirma Jorge Luis Borges en un poema, apuntando tal vez a que las experiencias y los recuerdos —difusos y lejanos en algunas ocasiones, certeros y vivos en otras— nos definen y determinan nuestro presente y futuro.

Reconstruir nuestra memoria histórica es vital: saber qué es lo que nos ha pasado, por qué nos ha pasado y, sobre todo, hablar de ello para construir el porvenir y no repetir los errores, como tarea que cobra especial importancia para la sociedad colombiana que quiere superar el conflicto y avanzar hacia la paz. Resulta por ello inexplicable que también a menudo pareciera que padecemos del síndrome de Korsakoff: amnesia, dificultades de aprendizaje y reemplazo de los vacíos de nuestra memoria a través de la invención de historias, omisiones o negaciones, ya por conveniencia, ya por dolor.

En países como Alemania el negacionismo de los crímenes nazis (*Holocaustleugnung*) es un delito. La reciente condena a cuatro años de cárcel al “Contador de Auschwitz”, Oskar Gröning (94 años) luego de dar su testimonio y aceptar su culpa en el genocidio, o el caso de Úrsula Haverbeck (86 años), a punto de ir también a la cárcel por negar el genocidio judío, son dos ejemplos de la gravedad y el peso que se da a la reivindicación de la historia y a las víctimas y que ha sorprendido a la opinión pública mundial.

Este año, el día de la conmemoración de los 70 años de la liberación de Auschwitz, justamente algunos sobrevivientes reafirmaban la importancia de sus testimonios y de conocer la verdad, y declaraban ante los medios de comunicación: “Sobrevivimos para evitar que el horror se repita”. Esa es una consigna que las víctimas del conflicto y toda la sociedad colombiana debemos asumir como propia.

En Colombia no es un delito negar las evidencias del horror del conflicto armado y la violencia de más de medio siglo, sin embargo, deberíamos cuestionarnos por qué a veces se minimiza o se excluye el tema de la agenda pública. Se hace necesario unirnos para hablar y procesar el dolor de este país: de familias como las de El Salado (Bolívar) o Puerto Torres (Caquetá) que han esperado más de una década para enterrar dignamente los restos incompletos de sus familiares; de las “casas de pique” y de la catástrofe humanitaria que vive Buenaventura (Valle del Cauca); o de los daños ambientales como el de Tumaco por causa de la guerra. O hablar también de los militares, insurgentes y civiles que siguen muriendo porque el conflicto no termina.

*Conmemora* en su tercera edición reivindica los testimonios, las reflexiones, las inquietudes, los retos y las búsquedas de las memorias del conflicto. Es una apuesta por integrar y visibilizar los rostros y la dignidad de las resistencias. Se trata de retratos de víctimas que bajan en balsas por los ríos, de historias que ocurrieron en pequeñas y apartadas poblaciones, como el relato del *Cuerpo 36* en Caquetá y la búsqueda incansable de una madre o el recuerdo vivo de la tragedia de Bojayá, la memoria en las calles y los encuentros y diálogos inesperados en el centro de la ciudad.

Sea esta una invitación para reflexionar sobre una guerra, una tragedia y a la vez un reto de transformación y compromiso que también son suyos.

@danielvalenciay

## Errar por desconocimiento aún es errar



Para nadie es un secreto que el conflicto en el país ha sido parte de varias generaciones de colombianos. ¿Pero cuántos de nosotros conocemos realmente las historias y memorias del conflicto, si no es solo por algunas noticias prejuiciosas de los medios de comunicación? ¿Cuántos de nosotros, sin vivir en carne propia el

conflicto, sentimos como nuestro el dolor causado a miles de colombianos y colombianas?

Realmente me atrevo a decir que muy pocos. Y es por esta falta de dolencia y de respeto por la vida y la dignidad del otro que aceptamos la barbarie como parte del paisaje y los atentados en todas las formas contra nuestra sociedad. Crímenes de lesa humanidad, daño a la identidad, al medio ambiente, a la infraestructura y al ser humano son parte del día a día.

Publicaciones como la revista Conmemora sensibilizan, nos dan a conocer la otra cara del dolor: el de la resistencia y la dignidad de las personas que han vivido realmente el conflicto armado. ¿Cómo podemos atrevernos a decir que no estamos de acuerdo con el posconflicto cuando ni siquiera tenemos conocimiento del conflicto?

Como Colombiana quisiera que más medios y publicaciones fueran más allá de las cifras que han dejado tantas décadas de violencia y se enfocaran más en las historias, en los personajes y en las maneras inimaginables de sobreponerse al dolor que han creado tantos hombres, mujeres, niñas y ancianos en todas las regiones de este país.

*Jasmin Ovalle*

## Una iniciativa para la paz

La revista Conmemora, del Centro Nacional de Memoria Histórica, resulta ser una importante herramienta para recolectar y visibilizar aquellos relatos que en su conjunto representan las distintas realidades surgidas en el conflicto armado en Colombia.

Como es ya costumbre, los grandes medios de comunicación se limitan a la reproducción de estadísticas que convierten a las víctimas en simples cifras, olvidando por completo toda la suerte de elementos que les constituyen y en el que se adelanta un proceso de deshumanización.

Es por esto que un elemento como la revista resulta una plataforma eficaz, capaz de abrir ventanas donde se les dé cabida a las historias que no se quedan en el dolor, sino que han transformado situaciones victimizantes en iniciativas de memoria y resistencia, no solo en Colombia sino también en otras latitudes.

Aplaudo profundamente la labor que aquí se realiza, pues es necesario el reconocimiento de víctimas y victimarios para poder adelantar verdaderos procesos de restauración en la sociedad de cara a un posible acuerdo de paz, ya que este hipotético escenario de no violencia debe articularse a partir de la verdad y no del olvido, a fin de dignificar y alcanzar la garantía de no repetición.

*Andrea Castellanos B.*

## Tejer historias distintas

La reconstrucción de la memoria durante estos cincuenta años de conflicto y guerra en Colombia se ha venido transformando. Ahora no olvidamos, sino que tejemos historias y relatos que nos permiten conocer una o muchas de las historias, como las de esas mujeres que aún buscan a sus seres queridos, o escuchar aquellas voces campesinas que buscan su propia verdad.



Es grato para mí compartir con ustedes este mensaje, pues a diario vemos cómo la memoria histórica del conflicto ha venido formando parte de nuestra sociedad y se ha ido materializando, como en los libros que el Centro Nacional de Memoria Histórica ha compartido a todos nosotros.

Vivimos la reconstrucción de una historia llena de sentimientos fuertes y la verdad me encanta que recorramos este camino de memoria.

Muchas gracias a todos ustedes y al gran equipo periodístico por tomar esta tarea tan grande.

*Laura Tovar*

# Cortos

## MEMORIA EN LAS CALLES

Murales, graffitis, stencil y otras técnicas artísticas han sido utilizadas en las calles del país para recordar a las víctimas del conflicto armado colombiano. Un conflicto que se ha vivido con más crudeza en los montes, veredas y campos, y el cual se refleja en muros y paredes de las urbes colombianas para contar la historia que allí poco se ha sentido. Pinturas, vinilos, aerosoles, brochas y pinceles alzan sus voces para no repetir tanta barbarie.



### 1 Homenaje a las víctimas de la masacre de Bahía Portete

**Autor:** Maestros y estudiantes del Colegio Ciudadela Educativa de Bosa  
**Lugar:** Bosa - Cundinamarca.  
Fotografía enviada por Ana Bonilla.



### 2 ¡Resistiendo sumercé!

**Autor:** C H A Z  
**Lugar:** Calle 26 con 13 - Bogotá.  
Fotografía enviada por Jhon Erik Chacón.



### 3 Palenke, espacio de resistencia

**Autor:** Desconocido.  
**Lugar:** Exteriores del Museo de Arte de la Universidad Nacional.  
Fotografía enviada por Pilar Páez.



### 4 Conmemoración 13 años de la Operación Mariscal

**Autores:** Shay Akowa - Bicho TDR - Seta - Jomag.  
**Lugar:** Comuna 13 - Medellín.  
Fotografía enviada por Camaleón Producciones.



### 5 Memoria Caribe: mural pintado durante el encuentro de iniciativas de memoria en Cartagena

Fotografía de César Romero para el CNMH.

# Colombia, un país que resiste cantando

Por: María Luna Mendoza



El Urabá antioqueño ha experimentado todas las formas de victimización posibles. Sin embargo, los jóvenes de la región siguen creyendo que su tierra es mágica, que es posible cerrar las heridas y aferrarse a la vida. Así lo manifiesta Juan Nativo en una de sus canciones. Él es fundador y percusionista de Urabá Conexión, una agrupación artística que nació en 2012 con el fin de congregar a todos los artistas de la región en torno a un proyecto musical reivindicativo.

“De la violencia habla todo el mundo; de la resistencia, pocos. Urabá Conexión surgió para reivindicar aquel rostro del Urabá antioqueño que el conflicto armado desdibujó. Queremos recordar cómo transcurrían nuestras vidas cotidianas en la playa, en los ríos, en nuestras casas, en los parques. Queremos contar a qué huele, a qué sabe y cómo suena el Urabá más allá de la guerra”, dice Juan.

Cuenta que vivir con el estigma de la guerra no es fácil. Por eso no duda en decir que los urabaenses son en su mayoría pacifistas y que su arraigo profundo a la vida, al territorio y a sus costumbres los diferencia de grupos guerrilleros como Los Urabeños.

Urabá Conexión quiere rescatar los relatos alternos de esta región del noroccidente antioqueño: dar cuenta de las prácticas culturales más diversas, de la ancestralidad de la etnia indígena Embera que habita en el territorio, de las costumbres afrodescendientes, de las riquezas naturales, de los bailes y los ritmos y de todas aquellas cosas que, en palabras de Juan Nativo, hacen del Urabá antioqueño “la esquina más sabrosa de Colombia”.

*La música permite hablar de lo que nos ha sucedido como sociedad de una manera diferente. Muchas agrupaciones musicales en Colombia le han apostado a crear relatos esclarecedores, reparadores, diversos e incluyentes a través de sus composiciones. Ese es el caso de los grupos a los que se refiere este artículo.*



La tradición libertaria del pueblo de San Basilio de Palenque -ubicado a escasos kilómetros de San Jacinto, en los Montes de María- no concluyó con la gesta emancipadora de Benkos Biohó: trascendió por los siglos, sobrevivió a todos los intentos de exterminio posibles y se instaló en los cantos, los poemas y las danzas de los palenqueros.

La agrupación musical Son Palenque es muestra de ello. Fue fundada a finales de los años setenta por Cecilio y Justo Valdez, un par de palenqueros que, al mejor estilo de los cimarrones, emprendieron una batalla cultural para impedir que su lengua muriera. Junto con seis compañeros más compusieron y grabaron decenas de canciones en palenquero, una lengua que, según Lucas Silva, productor de la banda, “ha sido despreciada e, incluso, catalogada como una vergüenza digna de desaparecer”.

Son Palenque es mucho más que un grupo de música africana: es una clara expresión de resistencia a las prácticas racistas y segregacionistas que aún existen en Colombia. “Muchos sectores –comenta Silva– han descartado todo cuanto de afrodescendientes tenemos y ese desdén con el que han tratado a los afrocolombianos también es una forma de violencia”. Es por eso que la música palenquera es sinónimo de rebeldía y reivindicación de su lengua, el legado de sus ancestros, sus ritmos milenarios y la compleja historia de su gesta libertaria.

A mediados de los noventa los integrantes de Son Palenque llegaron a diferentes barrios marginales de Cartagena –en su mayoría habitados por personas originarias de San Basilio de Palenque– y allí crearon escuelas alternativas de danza, poesía, canto y lengua palenquera para hacer del folclor una alternativa de vida distinta a la de la violencia y no dejar morir la tradición. “Por eso cantan y bailan, pero, además, enseñan”, anota Lucas Silva.



**Herencia de Timbiquí**

*“No hay hombres pescadores/ solo hay hombres pescados que aparecen muertos por cualquier manglar/ con la lengua afuera y dedos cortados porque dijo algo que era de guardar/ irreconocibles porque les echaron químicos que usan para procesar/ y como consecuencia de esos malos cambios en nuestro paraíso se acabó la paz”.*

Esta es una de las estrofas de la canción Coco por Coca con la que la agrupación Herencia de Timbiquí relata lo que sucede en su territorio. Timbiquí es un municipio ubicado en el noroccidente del departamento del Cauca y está bañado por una gran cantidad de ríos y quebradas que desembocan en el Océano Pacífico.

Hasta 1999 Timbiquí vivió en paz. En 2000, sin embargo, el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia llegó al municipio y aterrizó a sus habitantes con sus conocidas prácticas de despojo y tortura. Ese mismo año surgió Herencia de Timbiquí, un grupo musical conformado por once jóvenes afrodescendientes que prefirieron la música a los fusiles. “En el pueblo empezaron a suceder cosas que jamás habíamos visto. Aparecían cadáveres por todas partes, los cultivos de alimentos fueron remplazados por cultivos ilícitos y los ríos se empezaron a secar. Luego abrieron inmensos socavones en la tierra y se empezaron a llevar el oro”, cuenta Begner Vásquez, vocalista, compositor y fundador de la agrupación.

De todas las circunstancias, dice Begner, las más aterradoras fueron el abandono del Estado y la completa indiferencia del resto del país respecto a lo que sucedía en el pueblo y en toda la costa pacífica. Por eso empezaron a escribir canciones para contar “historias reales de personas y pueblos reales que fueron golpeadas por una guerra real”.

Y desde hace quince años han sido un vehículo movilizador de memorias y denuncias, en un país al que muchas veces su propia historia le resulta ajena. “A punta de gozadera le hemos recordado a Colombia que el Pacífico existe y que cosas muy graves han sucedido allí”, señala Begner.



**Los Gaiteros de San Jacinto**

A principios de los años setenta el expresidente Carlos Lleras Restrepo anunció una reforma agraria para titular tierras a los campesinos que durante décadas habían labrado las fincas de sus patrones. Ante esa noticia, los hacendados de Sucre y Bolívar reaccionaron con violencia y los sacaron de sus tierras. Los campesinos resistieron los atropellos y, al son de gaitas y tamboras cantando que “la tierra es para el que la trabaja”, retornaron a las fincas en las que habían vivido y trabajado por generaciones, y exigieron que las tierras les fueran tituladas. Y quizás los que mejor saben qué significa “resistir con sabrosura” son Los Gaiteros de San Jacinto, una agrupación musical que surgió en la década de 1950 en el municipio de San Jacinto, Bolívar: pleno corazón de los Montes de María.

“En los Montes de María la violencia ha sido una constante, pero también el coraje y la alegría de sus pobladores. Esa paradoja es la que nos ha dado motivos para cantar”. Así define Gabriel Torregrosa, uno de los miembros de la agrupación, a Los Gaiteros de San Jacinto.

Su música siempre ha estado anclada a su territorio. No solo han narrado las memorias de los Montes de María sino que han construido la historia de su propia región. Varias generaciones de músicos han hecho parte del grupo: todos han experimentado los rigores de la guerra porque poco o nada ha cambiado desde los años cincuenta, cuando el maestro Toño Fernández lo fundó. Han sido testigos de la incursión paramilitar; de masacres, desplazamientos forzados, despojos masivos y fuegos cruzados entre todos los actores armados. Por eso han cantado bajo la misma consigna:

**“Cantar para no olvidar. Cantar para resistir. Cantar para gozar y cantar para edificar”.**

# BUENAVENTURA

## UN PUERTO SIN COMUNIDAD



Buenaventura, situada en el Pacífico colombiano, ha sufrido uno de los conflictos armados más intensos y degradados del país.

En el periodo 2000 a 2004 las Farc, que tenía presencia en el territorio, emprendió una escalada de sus acciones armadas y junto con la incursión de los paramilitares del Bloque Calima, en el año 2000, dispararon casi todos los indicadores de violencia en el municipio: masacres, homicidios, asesinatos selectivos, secuestros y desplazamientos forzados.

En el periodo comprendido entre 2005 y 2013, posterior al acuerdo de desmovilización establecido entre el Bloque Calima y el gobierno nacional en diciembre de 2004, la espiral de la disputa armada que se desarrolló en el territorio escaló, aumentando el número de GAI (Grupos Armados Ilegales) en disputa, la mutación y ambigüedad de sus identidades al igual que la degradación en la ejecución de los repertorios de violencia.



## LA TRIBUNA DEL 73

Final del partido. Chile, por primera vez en su historia, lograba coronarse como campeón de la Copa América de fútbol al ganarle a Argentina. Entre los gritos y abrazos de la euforia del momento, un periodista de Radio ADN Chile interrumpió la celebración de Jean Beausejour, jugador de la selección campeona, para que este expresara sus emociones a través del micrófono. “En un lugar donde hubo tanta tristeza y muerte, hoy le damos una alegría a Chile”, dijo Beausejour, quien admitió que antes del partido él y varios compañeros rezaron por los detenidos, torturados y desaparecidos en aquel estadio en la época de la dictadura de Augusto Pinochet. Un jugador de fútbol que en un momento de orgullo nacional decidió darle un espacio a la memoria histórica.

Momentos antes, Alexis Sánchez pateaba el penal de la victoria y a su espalda compañeros corrían para abrazarle. Al fondo, la tribuna norte con la salida ocho, vacía. Nadie se sienta allí, pues es un espacio que evoca “el 73”, año en que el Estadio Nacional de Santiago de Chile fue utilizado para detener y torturar a políticos de izquierda, sindicalistas y estudiantes. Arriba de la salida ocho, donde hace más de cuarenta años los presos salían a tomar el sol solo por un par de horas al día, una oración sencilla y profunda: **“Un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro”**.



Tomada de: <http://www.losandes.com.ar/articulo/como-hace-60-anos-argentina-y-chile-jugaran-la-final-en-el-estadio-nacional-de-santiago>

Y es que la salida ocho de la tribuna norte es el espacio emblemático del Estadio Nacional, declarado monumento histórico en 2013 por parte del gobierno para dejar memoria de lo ocurrido en 1973, cuando estas tribunas servían como primer centro de concentración y tortura de los detenidos de la dictadura.

## NUEVOS PROYECTOS DEL



### GUERRA PROPIA, GUERRA AJENA:

#### CONFLICTOS ARMADOS Y RECONSTRUCCIÓN IDENTITARIA EN LOS ANDES COLOMBIANOS

Lame, el líder del movimiento indígena de la primera mitad del siglo XX— tiene los ingredientes de un conflicto en el que la pregunta sin respuesta del héroe trágico sobre actuar o no actuar es la que queda resonando tras reconstruir su memoria histórica.

Es la historia de ochenta indígenas que tomaron las armas para enfrentarse al Estado que los había abandonado y que además los estigmatizaba; a los terratenientes que a través de mercenarios a sueldo los perseguía y asesinaba por sus intentos de recuperar sus tierras; y, por último, a las guerrillas que intentaban reclutarlos para sus filas, por las buenas o por las malas. No obstante, la dinámica y la retórica de las armas lograrían finalmente lo que tanto se esforzaban en evitar, y terminarían peleando una guerra ajena, como la llama el autor de esta investigación.

Fuera de su territorio, sin darse cuenta de que no solo se alejaban de su origen y desprotegían a sus propias comunidades sino que las involucraban por completo en la guerra de la cual pretendían, armándose, mantenerlas al margen.

Tomado del prólogo escrito por Gonzalo Sánchez Gómez, Director del Centro Nacional de Memoria Histórica

### Medellín tendrá su propio

## ¡BASTA YA!

de acciones violentas que han marcado profundamente a su población, sus territorios y sus memorias: asesinatos selectivos, masacres, desapariciones, secuestros, torturas, atentados con explosivos en lugares de alta circulación, desplazamiento forzado, violencia sexual, entre otros. Hoy existen cerca de **375.000 personas** registradas como víctimas en la Unidad Municipal de Atención a Víctimas, entidad adscrita a la Alcaldía de Medellín.

Narrado desde las propias voces de las víctimas, este proyecto de investigación busca avanzar en la construcción de un informe de memoria histórica sobre las violencias que ha padecido la ciudad en el marco del conflicto armado colombiano para el periodo 1980 – 2013, y así mismo de las dinámicas del conflicto en el contexto urbano.

*Medellín ¡Basta Ya!* será un reconocimiento a las víctimas de la violencia urbana, a sus memorias y a sus relatos y un aporte para avanzar en torno a la garantía de sus derechos a la verdad, la justicia, la reparación integral y garantías de no repetición.

Esta iniciativa de la Alcaldía de Medellín y Corporación Región es apoyada por el Centro Nacional de Memoria Histórica y el Ministerio del Interior.

El pasado 10 de julio se hizo la presentación pública del proyecto *Medellín, ¡Basta Ya!* en el Museo Casa de la Memoria en esa ciudad. Este proyecto se debe a que Medellín se ha convertido en blanco de todo tipo



Fotografía: Natalia Botero

### LA RENDIJA DE DESAGÜE QUE ES PIEZA DE MUSEO

Por: Juliana Patiño



Salí del cuarto donde se proyectan testimonios de personas que fueron torturadas durante la dictadura de Augusto Pinochet, por la puerta contraria a donde se exponen piezas como barras metálicas que producían electrochocs y otros objetos empleados durante las torturas. Estaba aturdida y desalentada mientras recorría el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Santiago, Chile. En la pared opuesta encontré una vitrina con pequeños elementos que cobraban sentido por su descripción. Había un espacio vacío donde se leía algo como: “Caballito de mar, símbolo de libertad” y se explicaba que las rendijas del desagüe de los baños de la época, con esta forma, se convirtieron en símbolos de esperanza para los presos políticos que eran mantenidos con los ojos vendados en los centros de detención y tortura. ¿Cómo puede ser un caballito de mar en un sifón, símbolo de memoria y resistencia? El único momento en el que les retiraban las vendas a los presos era durante el baño. Aun así, eran forzados a mantener la mirada al piso y en su espectro visual, durante meses o años, solo se dibujó la imagen de un caballito de mar. La pieza del museo estaba perdida, pero todavía en varios baños o cocinas de Chile siguen instalados los viejos sifones en forma de caballito, canalizando los excesos de agua y recordándoles a los chilenos que la esperanza siempre se asoma por cualquier rendija.

# Bojayá y sus duelos *íntimos*

Por: Juliana Duque Patiño  
Fotografías: Fundación Carlos Pizarro y Juan Arredondo

Crónica





*Trece años después de la masacre de Bojayá los sobrevivientes recordaron a sus víctimas de una manera más íntima. No se convocó la participación de medios de comunicación ni de instituciones. Hoy solo quieren cantar sus alabaos y recuperar sus espacios de sanación.*



Fotografía: Juan Arredondo para el CINEH.

A la media noche, en la selva choacoana, una embarcación con más de cien personas cortaba la corriente del río Atrato avanzando lento por territorio bojayaseño. La lluvia copiosa llevaba más de tres horas rompiendo las nubes. En el bote casi todos íbamos rendidos al silencio y al aguacero. Regresábamos agotados, despidiendo la iglesia recién reconstruida y las ruinas del viejo Bellavista, iluminados solo por la luna casi llena. Concluíamos la conmemoración de los trece años de la masacre de Bojayá.

Unos minutos antes las cantaoras de Pogue gritaron: “esa fue la última, no cantamos más” y todos entendimos que debíamos recoger las sillas, apagar la planta eléctrica, abrir las sombrillas y embarcarnos. El grupo de treinta mujeres había entonado alabos y gualíes desde las nueve de la mañana: en la caminata por el pueblo, en la misa, en la primera visita a la fosa común de las víctimas, en el cementerio, en un velorio de cuerpo presente para los que no sobrevivieron... y querían amanecer en la iglesia. No todos los asistentes teníamos el valor y la fortaleza de estas mujeres: el cansancio de la jornada venció cuerpos pero alentó corazones.

**“POR LAS TRES LEGUAS QUE ANDUVE, UNA MUJER ME HE ENCONTRADO. DECIME BUENA MUJER SI A JESÚS ME LO HAS HALLADO, SI A JESÚS ME LO HAS HALLADO”.**

Los alabos son los cantos que las comunidades negras dedican a sus muertos pero solo si los muertos son adultos, si son niños les cantan gualíes.

El 2 de mayo de 2002, cuando las Farc lanzaron un cilindro bomba en dirección de los paramilitares —con quienes se enfrentaban desde días anteriores y quienes usaron a la población que se refugiaba en la iglesia de Bellavista, de Bojayá, como escudo—, los que murieron fueron en su mayoría niños (48 de 79 personas). Este año, en la noche de la conmemoración, el rosario fue acompañado de cantos de gualíes. Las primeras tonadas estallaron alegres para los querubines, que son, según las tradiciones negras, los ángeles sin pecado, las almas de los niños que mueren recién nacidos, que no alcanzaron a mamar del seno de su madre.

Una de las imágenes más atormentadoras de la masacre, indeleble en la memoria de las víctimas, es la de los cuerpos de bebés no nacidos por el impacto de la explosión de la pipeta. La imagen es apabullante pero la música de los gualíes enmarca una despedida alegre. Fue en este momento íntimo cuando una de las víctimas señaló: “unas de mis hijas no ha sido identificada”.

No es igual, sin embargo, cuando se trata de dar el último adiós a los adultos. Esa misma noche el rezandero y las cantadoras pusieron sobre una mesa, cubierto con sábanas blancas, algo que se asemejaba a un ataúd. Las cuentas de las camándulas empezaron a deslizarse entre los dedos de las mujeres y los Avemarías y alabos a vibrar en sus gargantas hasta que dieron las doce.

**“SÍ LO HE ENCONTRADO, SEÑORA, EN LA CRUZ CRUCIFICADO. UNA CORONA DE ESPINAS Y UNA LLAGA EN EL COSTADO Y UNA LLAGA EN EL COSTADO”.**



Fotografía: Fundación Carlos Pizarro

## El día

La mañana fue otro ritual donde también hubo conmoción. La voz de las cantaoras empezó a escucharse alto y emotiva desde las diez de la mañana, cuando vecinos de Bellavista y otras comunidades de Bojayá recorrieron las calles del nuevo pueblo (reubicado después de la masacre) con velas en las manos citando los nombres de los que no sobrevivieron: “Brígida Pandali, Emiliano Palacios, Ana Cecilia Chaverra, Benjamín Antonio, Ana Enilda Rivas...”.

La procesión llegó hasta el puerto y se embarcó en dos botes grandes hacia el viejo Bellavista para continuar con una eucaristía. Éramos unas doscientas personas. A mitad de camino otras pangas y lanchas con banderas blancas llegaron al nuestro, trayendo gente de los consejos comunitarios locales; del Cocomacia (Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato) y de Acnur (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados) y de la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la ONU.

Siete sacerdotes oficiaron la misa y las cantaoras no decayeron ni un segundo. Para esta conmemoración no hubo discursos ni intervenciones de funcionarios ni organizaciones. Tampoco se vieron tambores, comparsas ni actos festivos. La gente lo quiso así: “nos cansamos del desfile de chalecos y de tanto folclore. Queremos conmemorar a los muertos como lo mandan las tradiciones”, dijeron.

## Una ceremonia más íntima

Macaria Allín, del Grupo de Mujeres Guayacán, fue enfática cuando le pregunté por la ausencia de instituciones en los actos: “este año queríamos algo íntimo para recordar un hecho que nos marcó la vida, no ese montón de chalecos ahí colgando: amarillo, rojo, verde, café... de instituciones y medios que vienen y no hacen nada por la comunidad”.

Que la tragedia de tu pueblo se convierta en un hito de la violencia de Colombia y que ni así la reparación y las deudas del Estado se hayan cumplido después de trece años, es desalentador para cualquiera: “hemos reiterado varias denuncias. El Estado se compromete pero parece que no ha llegado el tiempo de entregarnos la energía eléctrica permanente, una buena cobertura en salud, educación superior, la reparación social y colectiva a las víctimas, la transformación del viejo pueblo en un santuario...”, me explicó Elizabeth Álvarez, compañera de Macaria en este grupo de mujeres que lideran este encuentro con otras organizaciones locales.

La comunidad ahora quiere que la conmemoración sea el espacio para que las víctimas hagan su duelo y que la iglesia y el viejo Bellavista se conviertan en un santuario, un lugar de memoria. Así les toque construirlo con sus propias manos. Una conmemoración más íntima, de duelo, pero donde también le seguirán pidiendo al Estado que cumpla sus promesas.



Fotografía: Juan Arredondo para el CNMH.

## La iglesia

Meses atrás la gente empezó a comentar que no valía la pena conmemorar nada mientras la iglesia donde había ocurrido la masacre estuviera a punto de venirse al suelo. Macaria, por ejemplo, recordó que “estaba fea, deteriorada, caída, como rechazada. Se llovía, llena de lodo, basura...”. A Rosa de las Nieves Mosquera, compañera del Grupo de Mujeres Guayaacán, le daban ganas de llorar cada vez que entraba: “Cuando la veía llena de monte, llevando agua como si no hubiera un recuerdo con tanto valor allí, me descomponía”.

Según las tradiciones, la sangre de las personas que perecieron en la masacre aún está en esa iglesia. Los niños son ángeles y los adultos mártires y esto es más importante que cualquier jerarquía.

Entonces se organizaron, solicitaron recursos a la Unidad de Víctimas, al Centro Nacional de Memoria Histórica, a la Fundación Carlos Pizarro, a la Organización Internacional para las Migraciones y a la administración municipal<sup>1</sup>, y los mismos hombres y mujeres del pueblo se ofrecieron como obreros. Cuando llegó el día de la conmemoración los cerca de doscientos cincuenta asistentes a la misa no podían creer que a la casa de su Dios y de sus muertos de nuevo le entrara la luz.

“Cambiamos el techo, la lavamos, la organizamos, cambiamos la puerta, la pintamos. Yo sentía que al barrer y sacar maleza de la iglesia, también me estaba limpiando por dentro”, comentó Macaria.

Durante estos trece años muchas personas no se atrevían a entrar a la iglesia. Varios coinciden en que sentían como si algo las rechazara desde adentro. El pecho oprimido y el llanto aflorado. Hoy la fuerza de sus espíritus le empieza a ganar a la tragedia, a las huellas de la guerra.

La iglesia reparada no es el único botón de muestra. Las calles limpias del nuevo pueblo, los antejardines florecidos de las casas y hasta el esfuerzo de Rosa por recuperar los siete tipos de albahaca con los que solían hacer remedios y condimentos, son prueba de que los bojayaseños han empezado a recomponer sus vidas y el pueblo por sus propios medios.

## La fosa

Hace mucho calor y la piel está húmeda y pegajosa todo el tiempo. En Bojayá hay más de 250 días de lluvia al año. El día de la conmemoración el cielo se contuvo hasta la noche. Salimos de la misa al medio día, volvimos a los botes, y a través del río Bojayá nos internamos por el mismo camino que trece años atrás recorrieron los hombres encargados de llevar a sus muertos a la fosa.

En una pequeña loma nos orillamos para caminar por un sendero recién podado. En menos de tres minutos encontramos un hoyo de un metro y medio de profundidad. Era ancho, como del tamaño de una persona acostada. Hace trece años fue la fosa común de las víctimas de la masacre. Fue el único recurso que, en medio de los enfrentamientos, encontró la comunidad para proteger a los cuerpos.

Desde 2006 nadie había vuelto a la fosa. La rodeamos y encendimos velas mientras las mujeres seguían cantando: “vamos llegando a la fosa, dolidos de corazón. Y los que hicieron el daño, no sienten ningún dolor”.

<sup>1</sup> El Centro Nacional de Memoria Histórica, la Organización Internacional para las Migraciones y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, también apoyaron económica y logísticamente a la comunidad para la realización de esta conmemoración.

Arnobio Allín Blandón hizo parte del grupo de hombres que, después de la masacre, embarcaron los cuerpos y los trajeron hasta esa loma donde era seguro cavar lejos de la balacera. Los enfrentamientos entre guerrilla y “paras” no cesaron ni una hora durante días y hacer los velorios y entierros hubiese sido exponer de nuevo a los sobrevivientes. “El hueco era de tres metros, pero ya la erosión lo ha ido cubriendo. Aquí metimos 86 cuerpos. Unos con la cabeza pa’ allá y otros pa’ acá, unos encima de otros. Los cubrimos con un plástico, echamos cal encima y de nuevo la tierra. Era muy triste, como meter unos bananos ahí amontonados para poder salvar a las personas”.

Arnobio enterró a sus sobrinos, primos hermanos y vecinos. En 2006 volvió con la Fiscalía y el CTI a desenterrarlos e identificarlos. Los llevaron en bolsas marcadas al cementerio. Nueve años pasaron para que Arnobio volviera a la fosa y esta vez se ofreció de nuevo a limpiar el terreno y abrir el sendero para la conmemoración. “Todo esto pasó por mis manos. Uno solo se lo deja al Dios del cielo, ¿cierto?”.

Entre los planes de reorganización del viejo Bellavista como lugar de memoria surgió este año la petición de incluir el lugar de la fosa: que se levante un techo, se delimite el sendero desde el río y se pongan unas estanterías para encender velas. Volver a la fosa es tal vez una de las pruebas de sanación y duelo más templadas para la comunidad de Bojayá. “La fosa es muy importante e impactante porque lo mejor de ellos quedó ahí, su sangre”, me explicó Macaria.

**“Y POR EL ROSTRO Y POR LA SANGRE QUE JESÚS HA DERRAMADO,  
CAMINA LA VIRGEN PURA EN BUSCA DE SU HIJO AMADO”.**

Aunque muchos en Bojayá han preferido mantenerse aislados de las conmemoraciones y de los esfuerzos por convertir el viejo Bellavista en un santuario, la comunidad entiende esta decisión como una etapa del duelo. Macaria siente que las actividades y las conmemoraciones le han ayudado

bastante para sanar: “uno empieza a asumir lo sucedido con otro sentido, como si uno se muriera y de pronto resucitara para aprender ciertas cosas. No es que estas tragedias deben pasar, pero si suceden hay que aceptarlas y aprender a vivir con ellas”.

El día fue largo y cada momento significativo. Este año, sin duda, la conmemoración se hizo como la comunidad esperaba. Nadie extrañó las cámaras de televisión ni los micrófonos. El verdadero impacto quedará ahora impreso en las memorias de esta fecha. “Acá en el Chocó se han perdido muchas costumbres, pero no la creencia de que la persona muerta sigue viviendo entre nosotros. Tal vez otras generaciones vengán y eso cambie pero mientras estemos nosotras no vamos a dejar de hacer la conmemoración cada año”, sentenció Macaria rompiendo el rumor de la lluvia y el silencio, mientras regresábamos. “Aunque con otra guerra de territorio que se venga, uno qué sabe. Lo único que pedimos es que lo que aquí pasó no vuelva a suceder jamás”. 



Fotografía: Fundación Carlos Pizarro

# El Ágora de la memoria

Por: Luis Carlos Manjarrés

*De la misma manera que el ágora griega contribuía a dar al ciudadano conciencia de sí mismo, el Museo Nacional de la Memoria será un espacio que permitirá a los individuos reflexionar sobre la cruda violencia padecida en el país, sobre sus efectos devastadores y sobre la responsabilidad que tenemos como ciudadanos en la transformación y construcción de una sociedad respetuosa de los derechos humanos. Si bien son muchas las áreas del saber involucradas en la construcción del Museo, en esta ocasión queremos reconocer el papel de los arquitectos que diseñaron el anteproyecto arquitectónico, en el que el CNMH y la firma ganadora trabajarán durante los próximos seis meses para darle forma definitiva.*

## EL CONCURSO

Las cifras sobre el Concurso Público Internacional del Anteproyecto Arquitectónico para el diseño del Museo Nacional de la Memoria son contundentes. Es el concurso más importante realizado por la Sociedad Colombiana de Arquitectos (regional Bogotá), con 109 inscritos de países como Estados Unidos, Alemania, Reino Unido, Francia, España, Austria, Hong Kong, México, Chile, Brasil y Colombia y con 72 participantes quienes en 432 planchas esbozaron nuevas formas de habitar en comunidad.

## LOS GANADORES Y SUS REACCIONES

Después de cuatro días de deliberación y con una decisión final unánime, el jurado (Arquitectos Juan Pablo Ortiz, Clemencia Escallón, Mauricio Pinilla, Mario Figueroa y Efraín Riaño) otorgó el primer lugar a la propuesta “Entre el suelo y el cielo y la tierra” del equipo Colombo-Español conformado por la firma colombiana MGP Arquitectura y Urbanismo, ganadores de varios premios y fundada por el arquitecto Felipe González-Pacheco en 1991, y el Estudio Entresitio, una reconocida firma española fundada en 2003 por los arquitectos María Hurtado de Mendoza, César Jiménez de Tejada y José María Hurtado de Mendoza, quienes habían trabajado previamente con el mundialmente conocido arquitecto Rafael Moneo.

Los ganadores expresaron sentirse muy halagados y que este premio era un sueño hecho realidad, ya que el MNM (Museo Nacional de la Memoria) es un proyecto que se construye en un momento muy especial para el país, y a la vez un compromiso y una gran responsabilidad.



En cuanto a la inspiración de la arquitectura, la arquitecta María Hurtado de Mendoza declaró:

*“Parecía que teníamos que ganar este concurso, ya que nos interesa mucho la relación entre las partes y el todo como un conjunto de piezas que pueden reunirse y convertirse en un colectivo, es decir, cómo la arquitectura puede representar o transmitir un colectivo de diversas voces, un reflejo de lo que puede ser una sociedad”.*

## EL CONCEPTO DEL JURADO SOBRE EL DISEÑO ARQUITECTÓNICO

El edificio para el Museo Nacional de la Memoria de Colombia se plantea a través de un recorrido ascendente, secuencial y emotivo, entre el suelo y el cielo. Este carácter fue el que resaltó el jurado en su informe de evaluación al afirmar que *“Es un edificio que conmemora respetuosamente el dolor por nuestro pasado y al mismo tiempo celebra la esperanza del próximo futuro. Esto está inteligente y creativamente interpretado a través del sentido procesional que quienes proyectan el edificio asignan al recorrido, variado y lleno de alternativas, pasando de la solemnidad de las salas a la libertad del espacio abierto de las cubiertas, que como un microcosmos montañoso, permite a los visitantes ver la energía de la ciudad y la belleza del paisaje de los cerros y la sabana, disfrutar del sol y los atardeceres, encontrarse, conversar, leer y quizás también encontrar rincones para el silencio”.*

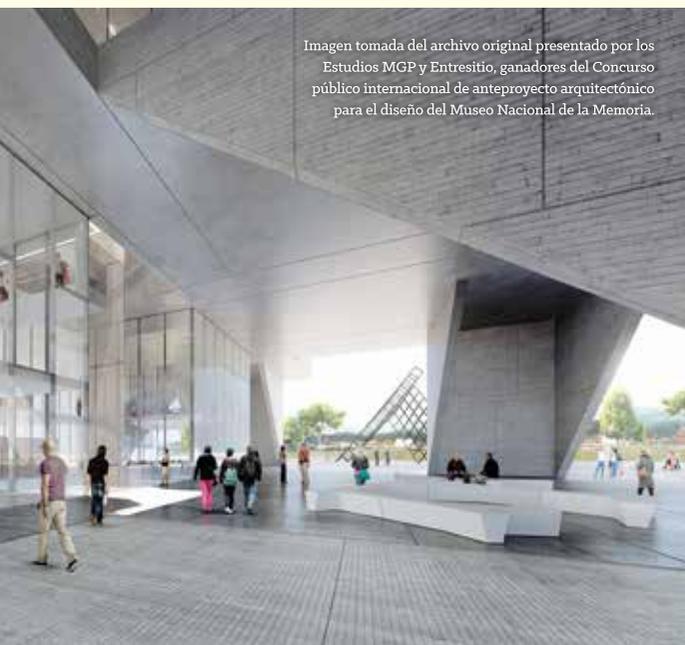
Asimismo, el edificio se propone también como la representación y acuerdo entre valores nacionales divergentes. Los tres bloques de la construcción y los 24 picos representan la multiplicidad de puntos de opinión, la diferencia, a través de la cual se eleva una construcción fuerte que lleva a la reflexión de que es a través de la diversidad que se logran la unidad y la fuerza.

## PLAN ARQUITECTÓNICO: USOS DEL ESPACIO

En términos de la distribución y los espacios, el recorrido ascendente relaciona, en contacto con el exterior, el restaurante, el café y la tienda, para luego continuar al interior en las seis salas de exposiciones, el lugar del duelo y su jardín de la nostalgia entre los picos de la cubierta. Relacionados, pero independiente de las salas, se encuentran los lugares de creación y confluencia, el centro de documentación, así como las zonas administrativas del museo y el Archivo de los Derechos Humanos. Finalmente, en los niveles subterráneos se ubicarán el auditorio, las áreas privadas con colección y el parqueadero.

Abierto a las diferentes posiciones y voces que no solo lo construyen desde lo físico, sino también desde lo emotivo, el Museo Nacional de la Memoria se presenta frente a los colombianos como ese espacio desde el cual no solo se recuerde y rinda un homenaje a las víctimas, sino desde el cual se construya la paz y la reconciliación con miras a un futuro más iluminado que su pasado.

Imagen tomada del archivo original presentado por los Estudios MGP y Entresitio, ganadores del Concurso público internacional de anteproyecto arquitectónico para el diseño del Museo Nacional de la Memoria.



## EL SITIO DEL DIÁLOGO

La conversación y el proceso pedagógico frente a la reconstrucción de la memoria histórica del conflicto se dan a través de los recorridos, en los cuales cada uno de los visitantes puede hacer una lectura crítica del conflicto armado en Colombia. Así, el Museo Nacional de la Memoria se presenta como un facilitador del diálogo entre las diferentes posturas sociales frente al conflicto: actores, víctimas, testigos y discurrir histórico.

# Pedalazos. por la vida

Por Élber Gutiérrez Roa  
Ilustración: Lina Farías y Giselly A. Mejía

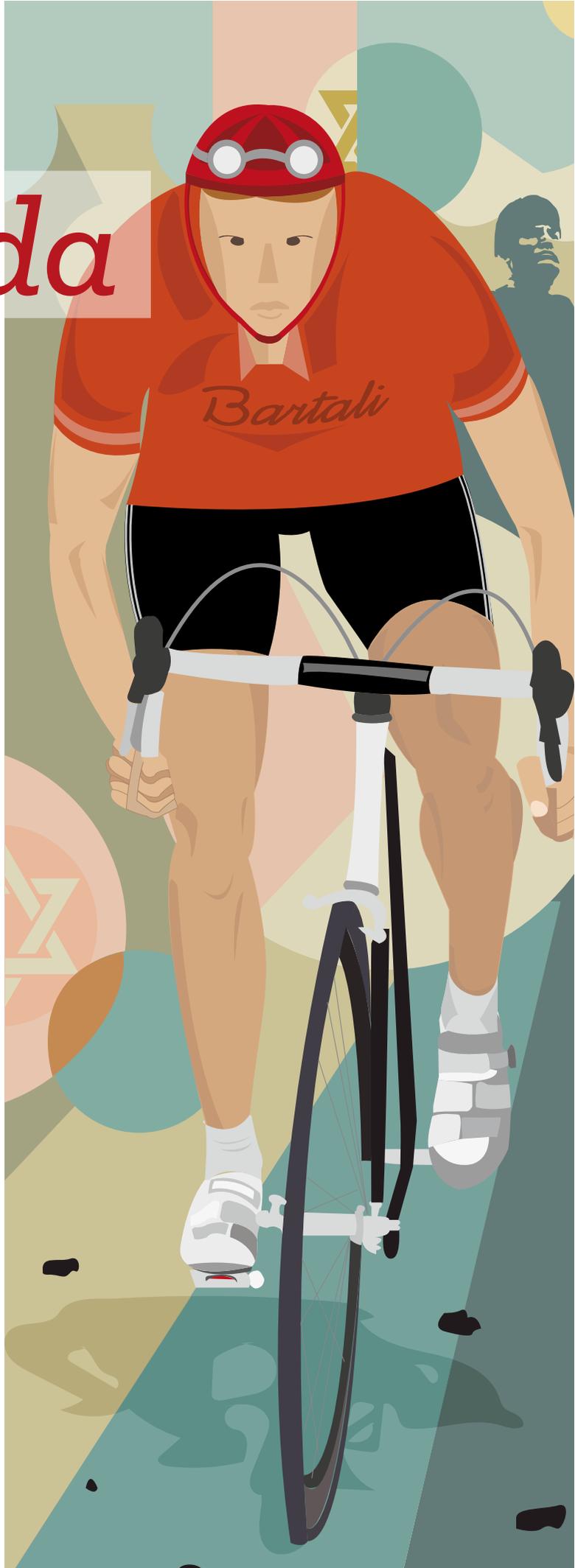
Reportaje

*Fue bicampeón del Tour de Francia y ganó tres veces el Giro de Italia, pero su mayor hazaña apenas se conoció hace 15 años: salvar a más de 800 judíos italianos a los que proveía de pasaportes falsos para huir del régimen de Mussolini, en la II Guerra Mundial. Lo creían símbolo del fascismo y la historia demostró lo contrario.*

Gino Bartali desbordó su propia historia. Célebre durante la primera mitad del siglo XX por sus gestas deportivas y cuestionado por algunos sectores de la izquierda italiana debido a su supuesta postura a favor del fascismo de Benito Mussolini, parecía un personaje suficientemente conocido por todos. En su país se sabía que provenía de la región de la Toscana, de un pueblo cercano a Florencia, que tenía origen campesino y que llegó al deporte gracias al trabajo que consiguió en un taller de reparación de bicicletas. Que experimentó, sufrió y triunfó. Su debut, en 1934, fue leyenda, porque un golpe lo dejó *grogui* y causó un ataque de histeria en su familia, la cual le pidió que se retirara de las carreteras. Tiempo después su hermano Giulio murió en competencia y otra vez vinieron las advertencias para que Gino dejara el ciclismo.

Pero pudo más el tesón que lo hacía imbatible en las montañas y rápidamente se quedó sin rival entre sus paisanos. Enfrentó a británicos, derrotó a españoles y en 1938 –sin quererlo– hizo realidad el sueño de *il duce* de ocupar el primer lugar en el Tour de Francia. En los albores de la Segunda Guerra Mundial a Mussolini le obsesionaba la idea de demostrar su supuesta superioridad racial. Bartali se convirtió entonces en el deportista ejemplar del país y los servicios de seguridad jamás le pusieron problema pese a que era el único que salía a entrenar en carreteras en época de toque de queda. Mientras todos se alistaban para el combate o huían de los ataques, el campeón italiano recorría sin falta largas distancias sobre ruedas, a la vista de los entusiastas militares que no hacían más que aplaudirle.

La verdad es que no fue ese el único intento de los políticos por aprovecharse del deporte para ponerlo al servicio de intereses mezquinos. Ya en los juegos olímpicos de Berlín, en 1936, Jesse Owens le había tapado la boca a Adolf Hitler, quien tuvo que ver cómo un negro de Alabama (Estados



Unidos), expleado de una estación de gasolina, para más señas, se convertía en múltiple campeón mundial de atletismo y demostraba que el mito fundacional del nazismo no podía existir sino en la cabeza del Führer y sus esbirros. Hitler se enfurecía con los triunfos del atleta, mientras Mussolini saltaba de la dicha con las gestas de su ciclista.

\*\*\*\*\*

La guerra vino y se fue. Se llevó unas sesenta millones de vidas y malogró muchas más. Abrió heridas que incluso ahora, cuando se conmemoran los 70 años del fin de ese conflicto, no han terminado de sanar. Y una de las pruebas más contundentes de ello es el debate suscitado a finales del año pasado en Italia con motivo del estreno de “My Italian Secret: The Forgotten Heroes”, del director Oren Jacoby. Se trata de una suerte de documental que recrea la historia de desconocidos héroes de la época a quienes no se les ha reconocido todo lo que hicieron para evitar que los judíos fueran a dar a los campos de concentración nazis. Uno de esos personajes a los que se rinde tributo en la obra es, precisamente, el campeón de ciclismo Gino Bartali.

Pero, ¿no fue acaso Bartali el ciclista preferido de Mussolini? Tal vez sí. Lo que no es cierto es que Mussolini fuese propiamente el héroe político de Bartali y la primera prueba de ello parecen ofrecerla los reportes de la prensa de 1936. Flamante ganador del Giro de Italia, Bartali fue invitado a dedicar su triunfo a Mussolini, pero se las arregló para decir que lo ofrendaba a su familia y a la Virgen María, de la cual era reconocido devoto. No le cobraron el desaire porque era la promesa más grande del ciclismo en su país.

Pero su verdadera muestra de heroísmo, de grandeza más allá del deporte y de coherencia con los principios humanistas que profesaba solo vino a quedar en evidencia después de su muerte, gracias a la curiosidad de los familiares de un anciano llamado Giorgio Nissim, en cuyas memorias fueron hallados unos manuscritos que detallaban la forma en que una red de escape ayudó a que más de 800 judíos le hicieran el quite a los campos de concentración.

Los textos, que coinciden con historias documentadas en el clero italiano y con la reconstrucción histórica hecha por la comunidad judía, demuestran que la red secreta estuvo integrada, entre otros, por Nissim, varios expertos en falsificación de pasaportes, miembros del clero, entre ellos el cardenal de Florencia y uno de los mejores amigos de este: el ciclista Gino Bartali. Los expertos en impresión de documentos hacían pasaportes a hurtadillas, los religiosos ofrecían alojamiento provisional a los judíos (especialmente niños) y Bartali... pedaleaba. Se montaba sin equipaje sobre su bicicleta en los aciagos años de 1943 y 1944 y cubría miles de kilómetros entre Génova, Florencia y hasta el Vaticano. Ni quienes le ovacionaban ni aquellos que cuestionaban su actitud deportiva en pleno desangre del país tenían idea de que en el marco de la bicicleta Bartali llevaba los pasaportes fraudulentos con los que escapaban los judíos.

Por esa razón fue condecorado de manera póstuma por el gobierno italiano y reconocido como “justo entre las naciones” por el instituto Yad Vashem, memorial oficial de los judíos que murieron en el holocausto.

Todo está en el documental de Jacoby, en algunas de cuyas historias un sector de la crítica halló deficiencias de producción o algún problema de rigor en el relato. Sin embargo, el mayor debate en torno al tema fue entre los espectadores y no tenía que ver tanto con los aspectos técnicos de “My Italian Secret”, sino con el ejercicio de enfrentarse en la pantalla ante la crueldad que se enseñoreó en la Italia del fascismo. Y con el de encontrarse con sorpresas como aquella de que Bartali no solo ganó carreras sino que salvó muchas vidas y que prefirió llevarse el secreto a la tumba, pues no le atraía la idea de granjearse publicidad con ello. Optó porque medio país tuviese una imagen distorsionada de él en vez de poner en evidencia a todos aquellos a los que había ayudado. Verdades sobre la guerra que apenas se vienen a esclarecer seis o siete décadas después del fin del conflicto y que contribuyen a llenar el bache en la historia sobre la vida de un deportista cuyo palmarés se vio interrumpido justo en el periodo de la guerra.

Antes se sabía que Bartali ganó el Tour de Francia de 1938 y que solo pudo repetir ese título diez años después, e incluso se tejían historias sobre su rivalidad con Fausto Coppi, el otro grande del pedal en Italia, a quien la obligada pausa de la violencia no le alcanzó a robar –como a Bartali– los mejores años deportivos. Ahora ya hay idea sobre las verdaderas labores extra ciclísticas del supuesto consentido de Mussolini.

El caso de Bartali, aunque lejano en el tiempo y en la geografía, tiene mucho de parecido con lo que ocurre con las violencias de América Latina. No solo porque nos recuerda las impresionantes muestras de solidaridad para con las víctimas que surgen hasta en los escenarios más adversos. También porque pone en evidencia que más de medio siglo después y pese a que muchos de los protagonistas de la violencia ya no están y a que hubo inversión, desarrollo, apoyo internacional y un sinnúmero de cosas más, hay heridas que persisten, que no han sanado.

Un mensaje que debería tener en cuenta la Colombia del momento. No para desfallecer en sus esfuerzos de paz, sino más bien para seguirse preparando en busca de ese objetivo. Para garantizar verdad, justicia y reparación, honrando a las víctimas y garantizando que los victimarios cumplan sus compromisos, pero también dándole su lugar a todos los Ginos Bartali que han contribuido de manera sincera y silenciosa a aliviar el sufrimiento de nuestro propio conflicto. 



# Ida y vuelta al infierno

Por: Mauricio Acevedo - Fotografía: Cortesía de *El Espectador*

**María Jimena Duzán**, periodista de la revista *Semana*, estuvo en entrevista con *Conmemora* en la que habló sobre su libro ***Mi viaje al infierno***, en el que cuenta el camino que recorrió en búsqueda de la verdad tras la masacre donde murieron su hermana Silvia Duzán y los tres líderes campesinos de la ATCC: Miguel Ángel Barajas, Josué Vargas y Saúl Castañeda, el 26 de febrero de 1990 en Cimitarra, Santander.

## ¿Luego de recorrer ese camino y de la publicación del libro, María Jimena regresó del infierno o el viaje continúa?

“Uno cuando llega al infierno y lo encuentra pues no se queda en él. Para mí el infierno es ese allá escondido que uno no quiere ver y que por alguna razón lo ha tenido escondido bien adentro. Es el infierno de uno mismo y son las cosas que ha ido guardando porque lo lastiman, le da susto o da temor descubrirlas y sentirlas.

Yo llegué allá después de muchos años y creo que ha sido un viaje importante, creo que hay que hacerlo. Hice ese viaje tarde, como lo confieso en el libro, pero era en el momento en el que lo debía hacer, antes no estaba preparada. Lo hice para exorcizar un poco mis cosas. Eso me costó mucho trabajo porque tenía que descubrirme ante mí misma que yo era una víctima y que además debería escribir desde ahí”.

## ¿Qué produce tanto temor e inmovilidad por parte de las personas que fueron víctimas y testigos de este crimen?

“La eficacia de la violencia radica en que inmoviliza a las víctimas. Ese es el problema cuando se asesina a la gente, que el temor que produce paraliza y eso es lo que quieren para que las cosas puedan seguir su curso, que ellos sigan con la toma de las tierras, con todo lo que vino después y que no ha parado. Lo que uno tiene que aprender como víctima es que tiene que sobreponerse a ese efecto inicial que es la inmovili-

dad. Eso ya lo digo yo después de muchos años, a mí también me inmovilizó. Hay que aprender a desafiarlo y cada cual lo hace a su manera. Muchísimas víctimas de este país están inmóviles todavía y la inmovilidad produce odio, furia y mantiene viva una guerra”.

## ¿Hay inmovilidad por parte del resto del país, impulsada por el temor o la ignorancia?

“Eso no es un temor, eso no es inmovilidad, es la distorsión de la guerra, que es distinto. La verdad es lo primero que se pierde en la guerra. Cuál verdad, de qué memoria, cómo la construimos. Es necesario que haya un consenso social de cuál es la verdad y esa verdad todavía no se ha dado. Y si la guerra no se para, pues nunca vamos a llegar a cuál fue la verdad real de lo que nos sucedió. Uno como periodista tiene que ser sincero con el otro. Decir: yo escribo desde acá, desde esta orilla; yo no me quedé inmóvil, yo no hice esto, yo no pude discutir esto porque no tuve la fuerza. Esa honestidad es parte de un buen comienzo para ir construyendo una mínima verdad”.

## ¿Contar el caso de Silvia y de los tres líderes es una forma de evitar que se repita esta clase de episodios?

“Los que más saben de esa verdad son las víctimas, su voz es muy importante. Lo que pasa es que cuando el conflicto no ha terminado, no es fácil oír sus voces. El drama está en que es muy difícil escribir, o contar o tratar de

recuperar la memoria de un país en medio de las balas porque las víctimas no pueden poner sus nombres”.

## ¿Qué opina de la Comisión de la Verdad?

“La Comisión de la Verdad sirve, pero después, una vez hayamos finiquitado el conflicto. En medio del conflicto la verdad es la que se sacrifica. Una vez se termine el conflicto sí se puede hacer una Comisión de la Verdad, pero para eso se necesita que todos los actores del conflicto lleguen a esa comisión, todos.

Una de las cosas dramáticas que trae la guerra es la degradación de la condición humana, que lo primero que refleja es que al adversario hay que des-humanizarlo para poderlo matar y eso crea más odios. Ese es un instrumento que está vivo: aquí nosotros no creemos que las Farc sean humanos y las Farc creen que nosotros somos inhumanos. Pero lo mismo pasa con los paramilitares y sus víctimas. Es una dicotomía del odio y eso hay que desmontarlo”.

## ¿Cómo lograr que se dé el paso para al menos tratar de entender la magnitud de lo ocurrido y superar esa distorsión de la guerra?

“La única manera es entendiendo qué pasó. Para poder entender lo que pasó tenemos que construir la verdad. Para construir la verdad tenemos que recuperar la memoria. ¿Qué memoria podemos recuperar si todavía estamos en guerra? ¡Es que todo vuelve y juega!” 

**MÁS DE SEIS MILLONES DE PERSONAS SE HAN VISTO FORZADAS A DESPLAZARSE DENTRO Y FUERA DEL TERRITORIO NACIONAL POR CAUSA DE LA VIOLENCIA, LO QUE EQUIVALE A LA SUMA DE LA POBLACIÓN DE MEDELLÍN, BARRANQUILLA Y CALI.**

**Serie:**  
Una nación  
desplazada



**CNMH**  
Centro Nacional de  
Memoria Histórica

**1 UNA NACIÓN DESPLAZADA**

**2 PUEBLOS ARRASADOS**

**3 CON LICENCIA PARA DESPLAZAR**

**4 CRUZANDO LA FRONTERA**



# MEMORIA *que* *echa* RAÍCES

Fotografía y texto: César Romero

Fotorreportaje

Aura, que viene desde la cocina –acaba de hacer el almuerzo para sus nietos–, pasa por el cuarto y llega al patio de su casa. Allí se sienta y se queda mirando sin descanso a sus 12 pollos. En sus documentos su nombre es Ana Elisa Ruiz pero desde que nació en San José de Isnos, Huila, siempre le han dicho Aura. Tiene 69 años, cinco hijas y unos cuantos nietos y disfruta de contar sus anécdotas diarias. Pero siempre al hablar hay pausas para recordar su vida, un ejemplo vivo de resistencia, de fuerza y dignidad entre la desgracia de la guerra.







En la mañana de 2 de junio de 1987, en su finca en Rionegro, Huila, su esposo le dijo que amarrara al pastor alemán que siempre lo acompañaba, que cuidara las mulas y alimentara a los trabajadores, pues a él dos guerrilleros lo estaban esperando para hablar. Su esposo apareció asesinado esa mañana pocos días antes del cumpleaños de Marisela, su hija, a quien también le arrebatarían.

El 4 de noviembre de 2001 fue la última vez que Aura vio a Marisela. En un viaje de Pitalito, Huila, a Albania en Caquetá, Marisela fue bajada del transporte por paramilitares y llevada a Puerto Torres, en Belén de los Andaquíes, donde el Frente Sur de los Andaquíes tenía su campamento principal en la iglesia, la casa cural y la escuela, que convirtieron en escuelas de tortura.





Dos días después Aura viajó a Puerto Torres, según ella con una mezcla de imprudencia y terquedad, con dos de los tres hijos de Marisela. Pidió a los paramilitares que le devolvieran a su hija y, aunque fuera en una bolsa, ella se la llevaría de vuelta. “Vaya pregúntele a los guerrilleros”, le dijeron, para luego insultarla y humillarla. Aura volvió dos días después para insistir. Había visto la ropa de su hija pero nadie le dio información de ella y tuvo que partir de vuelta tras una amenaza de muerte de los paramilitares.

Durante 13 años Aura pedía una ayuda divina para volver a ver a Marisela, saber de ella. En marzo de 2015 la Fiscalía la llamó para contarle que Marisela había aparecido, que habían encontrado sus restos en una fosa común en octubre de 2002, en Puerto Torres. Aura se negó en un principio, no creía que los restos que le entregarían fueran los de Marisela, pero fue a recibirlos. “Cuando me los entregaron sentí que de verdad era mi hija. No me la devolvieron como yo esperaba, viva, pero gracias a Dios pudimos tenerla”. Su familia se reunió en la casa en Pitalito y le hicieron una despedida que recuerdan desde la pantalla de los celulares de cada uno. Sin haberlo planeado, ese día todos se vistieron de blanco.









*Ahora Marisela tiene un lugar de descanso donde Aura puede ir a visitarla, a lavar su tumba, a ponerle flores. Aura, con valor, volvió a Puerto Torres a sembrar un árbol en memoria de su hija y de los 36 cuerpos exhumados allí en octubre de 2002. Volvió con dos de los tres hijos de Marisela a ver de nuevo la escuela antes tomada por los paramilitares. Volvió para recordar, para dejar en ese cedro que sembraba un dolor que de a poco va sanando. Hoy el cedro, que lleva el nombre de Marisela, vive en un lugar donde antes hubo muerte. **UN***

# El valor de un periódico de ayer

*La creciente importancia de los archivos de prensa en un eventual posconflicto plantea varias disyuntivas frente a las que se hace necesario un mayor compromiso de los medios de comunicación con la memoria histórica.*

Por: Viviana Pineda H.  
Ilustraciones: Elizabeth Builes

Archivos

El periódico El Diario Vallenato informaba que el Ejército había dado de baja al guerrillero Nayib Martínez, alias Ramón, en la parcelación Santafé. Era una noticia de esas que los periodistas llaman “de registro”, sin mayor despliegue, pero para Delia Villegas y su esposo, que conocían a Nayib y sabían que era un campesino inocente, era la evidencia de una ejecución extrajudicial, de un “falso positivo”. Sin embargo, cuando quisieron tomar una foto de ese archivo de prensa encontraron que el periódico había dejado de funcionar y que la única copia de sus ejemplares reposaba en la biblioteca del Banco de la República (sede Valledupar), donde descubrieron que la página había sido removida.

Este caso muestra tan solo uno de los obstáculos que las víctimas del conflicto armado y los colombianos que están en la labor de reconstruirlo tienen que sortear para consultar archivos periodísticos. Unos archivos cuyo acceso es dispendioso, y que, ante la importancia que revisten en un eventual posconflicto, han puesto a la Dirección de Archivo de los Derechos Humanos del CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica) a buscar diferentes alternativas y aliados para que sean más accesibles a la ciudadanía.

Estos archivos son fundamentales para poder cumplir uno de los mandatos que la Ley 1448 de 2011 (llamada ley de víctimas) determinó para el CNMH: “integrar un archivo de derechos humanos que acopie, preserve y custodie materiales documentales y testimonios orales referidos a las graves violaciones a derechos humanos, infracciones al Derecho Internacional Humanitario, memoria histórica y conflicto”.

Además, los archivos periodísticos son claves para cumplir con el Conjunto de principios de lucha contra la Impunidad que obliga a los Estados a garantizar la preservación y acceso a los archivos de derechos humanos como parte de su deber de memoria y con el ánimo de contribuir a la exigibilidad de derechos.

Es tal el alcance que pueden tener estos archivos, que son aceptados como pruebas para inscribirse en el Registro Único de Víctimas. Esto sin mencionar que son una constante fuente de información para académicos y hasta para los entes judiciales. Por ejemplo, en el caso del magistrado Carlos Horacio Urán se logró demostrar, gracias a los archivos de los noticieros (develados por Noticias Uno), que él había salido con vida de la toma del Palacio de Justicia en 1985, pese a que se había afirmado que había muerto en el fuego cruzado.



Así mismo es importante destacar el valor simbólico que estos archivos pueden tener para las víctimas, como lo explica María José Pizarro, hija del comandante del M-19, Carlos Pizarro, que fue asesinado en 1990. “Para mí, como seguramente le pasa a los familiares de los desaparecidos, encontrar una pieza de archivo de prensa significa recuperar ‘un momento más’ de ellos. Por la vida clandestina que llevaba mi padre, no se dejaba fotografiar, entonces tenemos pocas fotos familiares. Las pocas que había desaparecieron en los allanamientos que nos hicieron. Los archivos de prensa me han servido para reconstruir momentos desconocidos de la vida de mi padre”.

“ Para mí encontrar una pieza de archivo de prensa significa recuperar ‘un momento más’ de ellos. ”

## Obstáculos para acceder a los archivos de prensa

Desde Bogotá o Medellín no pareciera difícil acceder a estos archivos, pero la realidad es muy diferente para las víctimas que están en las zonas rurales del país. “En las socializaciones de la política pública de

archivos de derechos humanos que estamos construyendo nos hemos encontrado con relatos de víctimas que hacen grandes esfuerzos para llegar a los periódicos de sus ciudades capitales y que se encuentran con archivos desordenados, deteriorados, donde tienen que hacer largas filas o donde les exigen pedir cita previa”, afirma Margoth Guerrero, directora del Archivo de los Derechos Humanos del CNMH.

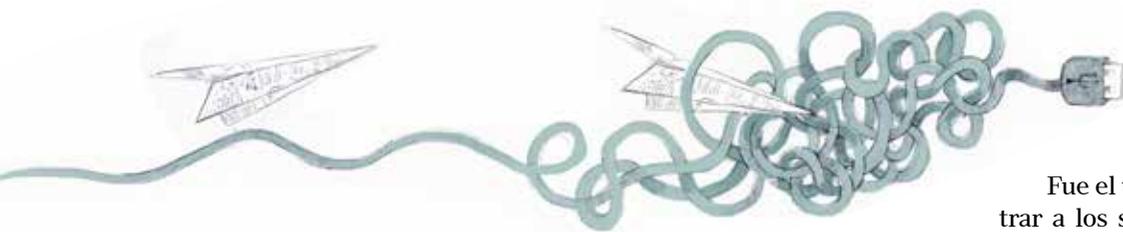
El limitado acceso a estos archivos también se ha convertido en un obstáculo para conocer la magnitud real de lo que ha dejado la guerra en Colombia, como lo explica Rodolfo Escobedo, asesor del Observatorio de Derechos Humanos del CNMH: “En Colombia no se ha podido hacer un balance cercano del número de hechos violentos que han ocurrido en los últimos años. Por ejemplo, en el caso de los homicidios estimamos que se han registrado entre 200 mil y 300 mil, pero de estos solo el 10 por ciento tienen un relato que soporte lo que sufrieron estas víctimas. Es de imaginarse que dispersos en los medios de comunicación debe haber una cantidad muy grande, muchos atribuidos a desconocidos como una noticia al margen. Si los archivos de los medios fueran accesibles desde Internet podríamos ampliar mucho más estos registros”, afirma.

Y es que solo unos pocos medios del país tienen sus archivos parcialmente digitalizados, o son, de alguna manera, accesibles desde Internet, la gran mayoría de medios regionales del país cuentan con mecanismos muy precarios de consulta y no cuentan con las medidas mínimas de conservación de archivos. Esto hace que las búsquedas sean complejas, que impliquen para las víctimas desplazamientos hasta las sedes de los periódicos o hasta las grandes bibliotecas de Bogotá y Medellín.

En esta materia, la tecnología podría ser un gran aliado de las víctimas y de la memoria histórica, sin embargo, la mayoría de los medios no cuentan con recursos para digitalizar sus archivos y otros que sí lo han hecho ha sido para uso interno o con planes de cobrar por su acceso en el futuro cercano, tal como el archivo del New York Times.

Carolina Botero, abogada de la fundación Karisma y experta en acceso a la información, destaca uno de los obstáculos que encontraron las comunidades negras en Sudáfrica para reconstruir la memoria histórica del apartheid. “En una investigación se encontró con que una fuente fundamental era la BBC de Londres.





Fue el único medio para lograr entrar a los sitios donde ocurrieron los hechos, pero cuando la población afro quiso acceder a sus archivos se dan cuenta que estos están detrás de una barrera de pago. Muchos de ellos deciden simplemente utilizarlos con una mirada ética, dicen ‘la noticia éramos nosotros, por lo tanto nosotros lo vamos a contar, así la BBC nos quiera cobrar’”.

Para lograr que los archivos periodísticos puedan contribuir efectivamente a la memoria histórica, la Dirección de Archivo de los Derechos Humanos del CNMH y el Fondo de Justicia Transicional han empezado gestiones para mejorar el acceso a los archivos de los diarios El Pilón de Valledupar y El Meridiano de Sucre. “Estos archivos contienen importante información del accionar de los grupos armados en el Caribe, y están en grave peligro de deterioro. Estamos buscando la manera de apoyarlos para que esta información quede al servicio de las víctimas y de la memoria histórica”, explica la directora del archivo, Margoth Guerrero.

De la misma manera, el Archivo de los Derechos Humanos del CNMH está desarrollando un metabuscador de archivos de prensa, al que se espera que se sumen la mayor cantidad de archivos de prensa posibles.

## ¿Por qué son importantes los archivos periodísticos?

**María José Pizarro,**  
hija de Carlos Pizarro

“En mi casa siempre se coleccionaron archivos de prensa de lo que salía de mi papá, pero no fue sino hasta 2007 que empecé a preparar una exposición sobre mi padre, que inicié una nueva recolección. Pude consultar el archivo de varios medios de comunicación pero en la mayoría de casos no me los dejaron copiar ni usar en la exhibición que estaba preparando. Aunque algunos fotógrafos independientes me donaron las fotos de mi padre, también tuve que pagar por algunas, lo que es un poco triste, porque siento que tuve que pagar por mi propia historia. Frente a esto me queda la duda, si los medios tienen derechos sobre unas fotos de un familiar de uno que murió, ¿hasta qué punto nosotros como familiares somos dueños de los derechos de imagen de nuestros padres?”

Quisiéramos que los medios abrieran algún mecanismo para que nosotros, los que estamos construyendo memoria podamos contar con material que nos permita construir país. Lo triste es que muchos de esos archivos periodísticos no están bien cuidados, hay que buscar la manera para que esta información no se pierda. Por ejemplo, cuando un medio desaparece si alguien no compra los archivos estos desaparecen”.

**Ginna Morelo,**

editora de datos de El Tiempo, presidenta de Consejo de Redacción

“Cuando una persona quiere contextualizar un hecho, ¿qué es lo primero que hace? Va a los archivos de los medios de comunicación, pero a veces acceder a estos es complicadísimo. Sería maravilloso pensar un proyecto como una gran hemeroteca digital de Colombia y podría estar integrada a la Ley de acceso a la información. Los medios no pueden olvidar que se deben al público que los consume”.

**Marta Ruiz,**

directora de Verdad Abierta

“Consulto con mucha frecuencia archivos de prensa, lo hago para precisar datos de tiempo y lugar y haciéndolo me doy cuenta de que si es verdad que la prensa es el borrador de la historia, pues qué mal borrador es a veces. Por ejemplo, cuando uno mira en perspectiva archivos de los años ochenta, uno se da cuenta de que la noción y la comprensión que había de ciertas cosas eran muy precarias. Estos archivos van a ser fundamentales para el posconflicto. Creo que las próximas tres generaciones van a vivir medidos en las bibliotecas leyendo archivos de prensa. Creo que son una gran fuente de memoria. Para lograr que estos archivos sean de más fácil acceso se debería buscar un mecanismo para que los medios se comprometieran en un pacto, en el que el periodismo se mueva por un objetivo de memoria”.

# Quando los cuerpos hablan

Por: Camilo Andrés Lozano y Tatiana Peláez Acevedo  
Fotografía: César Romero

*Helka Alejandra Quevedo es antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia. En 2013 ingresó al CNMH para liderar el proyecto de investigación Memoria histórica desde la antropología forense.*



En el marco de la Semana contra la Desaparición Forzada (mayo), el CNMH lanzó, en Florencia, Belén de los Andaquíes y Bogotá, el informe Textos corporales de la crueldad, en el cual Helka y su equipo de investigación relatan lo sucedido en Puerto Torres (Caquetá) entre 2001 y mediados de 2002, cuando el Frente Sur Andaquíes del Bloque Central Bolívar de las AUC se tomaron el poblado para convertirlo en un epicentro de la barbarie, en una “escuela de la muerte”.

Los muertos hablan y solo unos pocos pueden escucharlos, entenderlos y hasta descifrar cómo, cuándo y por qué murieron. Esto no tiene nada de paranormal. De hecho, estas personas están vinculadas a la ciencia y son antropólogos forenses, algo así como los que muestran las series televisivas CSI o Bones.

Los orígenes de esta área del conocimiento tiene lugar en Estados Unidos y Europa. En Latinoamérica los pioneros fueron los argentinos asesorados por el antropólogo norteamericano Clyde Snow. En Colombia estos profesionales han aportado al esclarecimiento de muertes violentas, específicamente a dar una respuesta a las familias sobre el paradero e identidad de personas desaparecidas en el conflicto armado. Es una labor silenciosa pero fundamental para la construcción de la memoria histórica.

Es por esto que citamos a Helka Alejandra Quevedo, investigadora del CNMH, a un café para que nos explicara a fondo en qué consiste su trabajo.

### ¿Por qué dedicarse a la antropología forense y no a otra cosa?

“Es clarísimo, en mí creo que es muy claro. Se podrá interpretar como sea, pero mi primer cadáver lo vi a los 8 años. Me la pasaba en la morgue de Tabio, Cundinamarca, pueblo donde pasé mi infancia. Desde pequeña me preguntaba qué hay por dentro de un cuerpo humano. Ya a los 15 años asistí a un primo médico forense en una necropsia y ese evento lo tengo grabado en mi memoria y en mi olfato. Era un señor, un viejito y, en la medida en que mi primo observaba y manipulaba el cuerpo para saber qué le pasó, cómo y cuándo murió, ese mismo cuerpo me revelaba el color de los músculos, la textura de la piel y el olor de la muerte. No sentí repugnancia ni miedo, solo sorpresa y fascinación por la perfección del cuerpo humano. También sentí curiosidad de saber más de la vida de esa persona, ¿quién era y de dónde venía?”

### ¿Entonces desde pequeña tenías claro lo que ibas a estudiar?

“No, cuando llegó el momento de presentarme a la universidad mi hermano me preguntó ¿a qué te quieres presentar? Me acuerdo que le dije yo no se... algo que tenga arte, historia y biología. Esos fueron mis requisitos y en la antropología forense los encontré”.

### ¿Cómo es conocer la historia de la guerra a través de los muertos?

“La guerra tiene lenguajes, símbolos y diferentes actores, y los cadáveres son unos de estos actores; dicen mucho, cuentan una historia.

Hay que saber leer muy bien la escena. Ahí es donde uno necesita las gafas forenses, la rigurosidad y la experiencia, porque lo que dice la escena es una cosa, y lo que el forense busca y asocia lo complementa. Es como anudar o armar un rompecabezas. Por ejemplo, en un caso en que participé como perito forense, en búsqueda de dos cuerpos, nos encontramos ante un basurero en donde los residuos tenían ya el paso de los días, y de pronto encontramos una botella nueva de alcohol. Eso ya fue una señal de que alguien recientemente estuvo allí. Luego asociamos esa botella con algodones, plásticos y finalmente fue una mosca la que nos dio la pista, pues estaba sobre tejido humano descompuesto. Así fue posible recolectar las evidencias que luego sirvieron para esclarecer los hechos y tener la certeza de que allí habían estado los cadáveres de los dos hombres que buscábamos y

un día u horas antes de que llegáramos, estos cadáveres fueron desaparecidos de la escena, seguramente por sus perpetradores.

Ante hallazgos como estos, la gente dice ‘es que eso pasa en Discovery Channel o en CSI’ y resulta que en Colombia también pasan esos casos en donde el manejo de la escena y de las evidencias se hace de manera correcta”.

### ¿Cómo se reconstruye memoria con los cuerpos? Los antropólogos dicen que los cuerpos hablan...

“Es justo eso. El cuerpo tiene mucha información, depende de qué tanta sensibilidad y conocimiento tiene aquel que lo lea y lo interprete para obtener la mayor información de ese cuerpo/cadáver o restos óseos humanos. Te dice toda la información que tú quieras.



Primero, la escena, la fosa y el lugar son una gran fuente de información: ¿con qué elementos se hizo esa fosa? ¿Por qué se hizo a esa profundidad y no a otra? ¿Hace cuánto se hizo esa fosa? ¿En qué tipo de terreno se hizo? ¿Por qué el que dejó el cuerpo allí escogió ese lugar y no otro? Son preguntas que hay que responder.

Y segundo, lo que el cuerpo mismo te dice. Es diferente la información que da un cuerpo cuya muerte ha sucedido recientemente a la que te da un cuerpo en avanzado estado de descomposición o esqueletizado. Según el estado del cuerpo es posible establecer, por ejemplo, si hubo tortura, violencia sexual o sevicia, el arma utilizada e indicios del perfil psicológico de quien produjo la muerte.

También el cuerpo habla de los gustos, personalidad, estado de salud o higiene de una persona, por ejemplo, un tatuaje, un piercing, el cuidado de las uñas, de las manos o la ropa que usaba dan un idea de cómo era la persona.

Recuerdo en los años 93 y 94, cuando estaba en mis prácticas en el CTI como estudiante de antropología y en desarrollo del trabajo de pregrado. En esa época conocí la otra Bogotá, las morgues de los

hospitales y las calles en donde se encontraban diariamente los muertos por homicidio, accidentes o suicidio. Yo iba tomando nota, no era funcionaria todavía, y lo que me preguntaba cuando veía esos cuerpos era, a esta persona le gustaba esto, esta camiseta la escogió él; le veía la cara y me decía: esa persona, esta mañana cuando se vistió, no supo que era la última vez que lo hacía, ¡que era su último día de vida!”

### ¿Qué significa la entrega de los cuerpos a los familiares de las personas desaparecidas?

“Es muy frustrante. Si hablamos de conflicto armado, podría hacer una relación de 10 a uno, es decir, de 10 cuerpos que yo exhumé, entregué uno.

Es tanto así que el caso de investigación que he coordinado en el CNMH sobre lo ocurrido en Puerto Torres (Caquetá) nos lo dice. Han pasado 13 años y de 36 cuerpos encontrados apenas hace dos años identificaron ocho, y eso fue gracias a que los victimarios reconocieron los nombres de algunas de sus víctimas en el marco de Justicia y Paz, más no por una cuestión investigativa institucional, no porque los hayan buscado, no porque todas las familias

hayan denunciado y haya habido un despliegue investigativo. Si los victimarios no hablan de esas víctimas, estaríamos hablando hoy de 36 personas sin identificar o NN.

Ha habido momentos en que he flaqueado en estos dos años de investigación en el CNMH, pero después de participar en la entrega de un cuerpo a una familia del caso Puerto Torres, como fue el pasado 27 de marzo en Neiva, todo cobra valor de nuevo, y las prioridades sobresalen. Saber que se ha aportado en algo a la tranquilidad de estas personas es suficiente para seguir. Poder verles la cara a una madre, unas hermanas y unos hijos, y contarles cómo fue la búsqueda de su hija, la recuperación de su cuerpo, el estudio y trato digno que los forenses tuvieron con ese cuerpo, fue muy importante. Mirar a la familia y tener la certeza de que hay un lazo íntimo entre ellos y los forenses, que su muerte es nuestra muerte... eso da valor, ánimo y esperanza para seguir. 

*Las ciencias forenses son una herramienta para conocer la verdad y reconstruir este pasado y presente violento en que hemos vivido los colombianos durante las últimas décadas. Mi meta ahora es continuar con un trabajo interinstitucional con la Fiscalía y la Unidad de Víctimas, en pro de la identificación de 41 personas (víctimas fatales de Puerto Torres y de Albania) y poder participar en la entrega de esos cuerpos a sus seres queridos”.*

# *Es la guerra y también me pasa a mí*

Por: Carlos Prieto y Harold García  
Fotografías: César Romero y María Paula Durán

Perfiles



*En una banca del Parque Nacional de Bogotá, un hombre con lentes oscuros conversa con otro que se encuentra sobre una bicicleta de dos ruedas traseras y una delantera. Uno tiene discapacidad visual, el otro es mutilado. Ambos, a pesar de sus diferentes ideologías, hoy trabajan por un mismo ideal: ayudar a otros a sobrellevar los distintos tipos de discapacidad, muchas ocurridas a causa del conflicto armado.*

## Perdí la visión a los 16 años

Nelson Villamizar perdió la vista a los 16 años. Sucedió en 1977 en Cúcuta, Norte de Santander, época en la que se sentía identificado con la JUCO (Juventud Comunista Colombiana) y participaba activamente en encuentros, conversatorios y charlas de este movimiento de izquierda. Sin embargo, el 12 de septiembre de ese año, mientras se reunían en uno de los auditorios de la Universidad Francisco de Paula Santander, pasaron por alto pedir los permisos de seguridad para utilizar este espacio. Ante su inesperada presencia en el auditorio, asegura Nelson, los hombres de seguridad de la universidad llamaron al Ejército, quienes arribaron a las instalaciones en pleno Estatuto de Seguridad.

**“DE ESE MOMENTO SOLO RECUERDO UN GOLPE CON UN FUSIL EN LA FRENTE, LUEGO PERDÍ EL CONOCIMIENTO” DICE NELSON; LA GOLPIZA -SIN EMBARGO- CONTINUÓ.**

Según su relato, los puños y patadas que recibió mientras estaba inconsciente dañaron totalmente su ojo derecho, mientras que en su ojo izquierdo sufrió desprendimiento de retina.

Fue trasladado a Bogotá ante la gravedad de las heridas y atendido en la clínica Barraquer. Allí lo sometieron a siete cirugías, pero los esfuerzos fueron en vano, Nelson quedó ciego. No quiso regresar a Cúcuta y en Bogotá empezó una nueva vida. Inició su proceso de recuperación en el INCI (Instituto Nacional para Ciegos) en 1978, tomando algunas clases de orientación, movilidad y lectoescritura. Aunque no terminó sus estudios –cuando fue golpeado cursaba cuarto de bachillerato en el Colegio Salesiano de Cúcuta– participaba en muchas actividades académicas. Asistía a grupos de teatro, danza e incluso creó un grupo de estudio de economía política con otras personas invidentes. “Mi lucha ya era por las personas con discapacidad visual. Cuando pasa esto es común jugar a la víctima, preguntarse ¿por qué me pasó esto a mí?, pero pocas veces nos cuestionamos el para qué. En mi caso perdí la visión para ayudar a otros que han vivido lo mismo”.

En la actualidad Nelson tiene 57 años, una familia conformada por su esposa y dos hijos. Es también el representante de la población con discapacidad para la política pública de comunicación comunitaria y consejero distrital (Bogotá) de las personas con discapacidad visual. Además, dirige el Periódico Proclama, un medio local conformado únicamente por personas con diferentes condiciones de discapacidad.



## Pisé una mina antipersonal a los 21 años



En el momento en que el cabo Sergio Minas lo estremeció la explosión levantó la mirada y se dio cuenta de que había perdido su pierna izquierda y que la derecha estaba totalmente destruida; alzó su voz al cielo y grito preguntándole a Dios “¿por qué mí?”.

El 25 de enero de 2012 -un día después el cabo Sergio Minas cumplió 22 años- en la zona de Tandil, Nariño, en la frontera entre Colombia y Ecuador, el soldado activó la mina antipersonal. Sergio, con la Brigada Móvil 19, estaba registrando el área esa tarde con otros soldados que estaban a su cargo. Caminó hasta un árbol frondoso y cuando acercó su pie izquierdo a la base del tronco su cuerpo se elevó por el cielo, “di más de tres vueltas mientras caía” recuerda.

**“ELLOS NOS JUGABAN SUCIO CON LA CUESTIÓN DE LOS EXPLOSIVOS, -DICE EL CABO AL REFERIRSE A LOS COMBATES QUE ENFRENTABA SU BRIGADA CONTRA LA COLUMNA DANIEL ALDANA DE LAS FARC EN ESTA REGIÓN- YA HABÍAMOS PERDIDO VARIOS COMPAÑEROS”.**

A Sergio le amputaron la pierna izquierda y la derecha quedó totalmente destruida por la explosión, su antebrazo izquierdo casi lo pierde. “Inmediatamente llamé a los soldados para que me prestaran los primeros auxilios” y ahí empezó su lucha por aferrarse a la vida. Duró diez días en coma, le hicieron muchas reanimaciones ya que su cuerpo no resistía las cirugías y permaneció cinco meses en el hospital militar de Bogotá. “Empecé una recuperación dura al lado de mi familia con el apoyo de ellos y hoy en día me siento muy orgulloso de todo lo que he hecho”, dice el cabo mientras le cuenta su historia a Nelson.

Sergio pensó muchas cosas, como que ya no iba ser una persona útil para la sociedad y que se le habían cerrado muchas puertas, pero se dio cuenta de que podía seguir haciendo todo, solo que de una manera diferente, a su manera. Encontró en su familia y en el deporte el bastón necesario para levantarse. Incurrió en el ciclismo, más exactamente en la disciplina de HandBike, que es una bicicleta de mano de tres ruedas -dos traseras y una delantera- en la que todo el sistema se maneja con las manos, frenos, cambios y pedaleo.

El deporte le ha dado la posibilidad de competir a nivel nacional y fuera del país, y hoy en día está entre los tres primeros de Colombia en esta modalidad. Su deseo es seguir entrenando para ser el mejor. “Deseo una bicicleta nueva y más competitiva, hoy estoy convencido que el deporte es uno de los mejores métodos de rehabilitación para las personas con condición de discapacidad”.

A pesar de su condición nunca ha sentido rencor por lo que le hicieron, es consiente del daño terrible de las minas antipersonal y sabe que su trabajo era riesgoso, un riesgo que vivía cada día y cada noche. “Ellos -la guerrilla- no solo nos están haciendo daño a nosotros los soldados, también a la población civil. Donde yo estaba vi morir niños y adultos por la cuestión de las minas. ¡Ya no más!”, alza la voz mientras recuerda.



## El encuentro

Nelson y el Cabo Sergio Minas tuvieron la oportunidad de sostener una charla en el Parque Nacional de Bogotá el pasado 8 de julio. Se escucharon, se dieron la mano y sonrieron mientras conversaban sobre la vida y el destino.

“En mi caso encuentro que somos un sector único, tenemos necesidades con variables, pero son las mismas, estamos ambos excluidos de una sociedad que sigue siendo injusta. Debemos seguir luchando, buscando mejores condiciones para nuestra comunidad y generando reflexiones para que cese esta guerra y llegue la paz porque somos ejemplos vivos de los que es esta guerra”, le dice Nelson al cabo Sergio.

“Para mí escuchar el relato de Nelson es algo conmovedor, su historia fue un accidente por parte de mi institución, un error. Se da uno cuenta que en esta vida no todos estamos exentos de que nos pase cualquier cosa. Nelson nunca pensaba que ese día iba a perder su visión, yo nunca pensé que iba a perder las piernas, pero así paso y nos toca buscar la ayuda, la manera de salir adelante”, le responde el cabo Sergio a Nelson.

Según cifras de la Dirección Contra Minas de la Presidencia de la República, Colombia es el segundo país más afectado por estos artefactos después de Afganistán y registra una tendencia creciente en el número de víctimas civiles; son 4.270 desde 1990. De la fuerza pública son 6.875.

Por ello el Centro Nacional de Memoria Histórica quiere visibilizar este flagelo de la guerra trabajando en una nueva investigación que busca reconstruir la memoria del conflicto armado con relación a los accidentes causados por minas antipersonal y remanentes explosivos de guerra. La investigación también pretende generar lineamientos para la política de víctimas de minas antipersonal. Además, se planea llevar a cabo un estudio del impacto social y económico de la presencia de las minas antipersonal en los territorios, en términos de desertión escolar, confinamiento de comunidades, desarrollo económico local, capital social, entre otros factores. Para ello se ha trabajado con víctimas de distintos sectores, incluyendo civiles, miembros de la fuerza pública y de grupos armados ilegales.

La indiferencia en Colombia por las personas en situación de discapacidad ya es menor, aunque aún está latente, y bajo estas condiciones, gran parte de las personas con discapacidad en el país, como Nelson y el cabo Sergio Minas, son ejemplo de trabajo para resignificar una vida que fue marcada por el conflicto armado.



# relatos que se niegan a naufragar

Por: María Luna Mendoza  
Fotografías: Magdalenas por el Cauca

Gabriel Posada tenía siete años cuando se encontró por primera vez con la muerte a orillas del río Cauca. No fue una mala pasada de su imaginación: no vio fantasmas ni algún personaje fantástico, de esos que rondan entre los mitos y leyendas campesinas. Tampoco se encontró con una persona armada ni con un animal que pudiera hacerle daño. Gabriel vio el cadáver de un hombre flotando en las aguas del río y esa imagen marcó su vida para siempre.

“A principios de los años setenta mi papá me llevaba a pescar con frecuencia. Íbamos desde Pereira hasta La Virginia, un pequeño municipio atravesado por el río Cauca. **Vi muchos cadáveres flotando allí. La muerte era arrastrada, literalmente, por la corriente del agua**”, recuerda Gabriel.

Esos encuentros con la muerte llevaron a Gabriel a construir un vínculo profundo con el río. Las perturbadoras imágenes de los cuerpos sin vida que navegaban extraviados, con señales de tortura, amarrados de pies y manos o desmembrados aparecían constantemente en sus sueños. Cuatro décadas más tarde regresó al río, pero no precisamente para pescar.

**Magdalenas por la vida** Cuando Gabriel creció se convirtió en pintor y quiso poner sus trazos al servicio de la paz. Y como para él paz es sinónimo de memoria, ideó la manera de intervenir artísticamente el río para que sus historias no quedaran en el olvido. Puso a flotar en el agua los testimonios de dolor y resistencia de las familias de esos hombres y mujeres que, en un acto de barbarie, fueron asesinados y arrojados allí.

En 2008 Gabriel llegó a Trujillo, Valle del Cauca, junto con la artista Yorlady Ruiz. Construyó unas balsas de diez metros por ocho y pintó en lienzos gigantes los retratos de las madres de las víctimas de la masacre ocurrida en ese pueblo en los 90. Los retratos navegaron varios kilómetros por el río: esta vez era la memoria la que flotaba y fluía al ritmo de la corriente para clamar justicia y denunciar el drama que los violentos las obligaron a vivir. Con ese ritual y el lema ¡No más muerte por los ríos de Colombia!, nació Magdalenas por el

Cauca, un colectivo artístico que, en palabras de Gabriel, surgió “para protestar y congregar a las comunidades que viven a orillas del río en torno a la pluralidad de voces e historias que habitan en él”.

**El puerto** Después de varias intervenciones artísticas en el río Cauca y un ritual especial por la memoria de los 327 cuerpos que reposan -aún sin identificar -en el cementerio de Marsella, Risaralda- Gabriel llegó al puerto de Buenaventura, un territorio que en sus palabras “transpira sensualidad, alegría y bondad (...) y se debate constantemente entre la vitalidad y los afectos de su comunidad y la muerte”.

Uno de los episodios que más conmovió a Gabriel fue el velorio que los habitantes del barrio Puente Nayero prepararon para una vecina que había muerto después de una larga enfermedad. Sus vecinos, a los que en vida había querido y ayudado incondicionalmente, le dieron el último adiós cantando, bailando y bebiendo toda la noche alrededor del cuerpo de su amiga: la despidieron con alegría y alborozo, como les gusta. “¿Qué tal si los bonaverenses pudieran despedir así a todos los que hacen falta?”, se pregunta Gabriel.

Y es que en Buenaventura hacen falta muchos. Allí el Sirdec (Sistema de Información Red de Desaparecidos y Cadáveres) registró, entre 1990 y 2013, 475 víctimas de desaparición forzada allí. Al día de hoy, 444 de esas víctimas continúan desaparecidas. Como si fuera poco, Buenaventura es la ciudad con el mayor índice de desplazamiento en Colombia. Desde 1990, 153 mil personas han sido desplazadas a la fuerza.

## Suplicio y Sacrificio

A las tres y media de la tarde del tres de abril de 2015, Gabriel llegó a uno de los palafitos de Puente Nayero. Ese palafito pertenece al líder comunitario Orlando Castillo y tuvo la suerte de no convertirse en una casa de pique durante el arribo paramilitar o “época de las mil muertes”, cuando muchas de las casas que la comunidad había construido sobre el mar fueron tomadas a la fuerza por el Bloque Calima de las AUC para torturar y asesinar a sus víctimas.

Gabriel adecuó el palafito para un nuevo *performance* y ubicó en la mitad del espacio una mesa larga de madera, similar a las que los paramilitares usaban para descuartizar. Se acostó sobre ella casi desnudo: era Viernes Santo, representaba al Mesías y solo una manta le cubría la cadera. Cerró los ojos y un grupo de casi treinta personas, en su mayoría amigos y familiares de desaparecidos, rodearon la mesa y cantaron sus tradicionales alabos. Mientras cantaban, teñían sus huellas dactilares con pigmento rojo y las ponían sobre todo el cuerpo de Gabriel. Así inició *Suplicio y Sacrificio*, una intervención artística por la memoria de los bonaverenses desaparecidos y por el coraje de aquellas personas que continúan esperando su regreso.

Cuando su cuerpo quedó completamente cubierto de huellas, Gabriel fue cargado por dos hombres de la comunidad y transportado hasta la orilla del mar en una sábana blanca que hacía las veces de camilla. Allí lo esperaban Yorlady, vestida de negro y con un velo rojo sobre la cabeza, y dos pescadores que los llevarían en una canoa hasta isla de la Calavera. Yorlady cargó en sus brazos a Gabriel para imitar la escultura de *La Piedad* de Miguel Ángel y navegaron mar adentro acompañados por los familiares de las víctimas.

Isla de la Calavera está ubicada en frente de las comunas tres y cuatro, justo en la entrada al estero San Antonio en la bahía de Buenaventura. Según los testimonios de las familias de las personas desaparecidas La Calavera funcionó como “botadero de cadáveres” durante mucho tiempo, por eso creen que los restos de sus seres queridos se encuentran ahí. El mismo jefe paramilitar Éver Veloza, alias “HH”, confesó que asesinó a más de mil personas y que muchas de ellas fueron sepultadas en los manglares de esa isla.

“Es probable que en la isla habiten las respuestas y las explicaciones que las familias necesitan escuchar. Sin embargo, nadie se ha atrevido a entrar para investigar”, dice Gabriel. “Ese día navegamos alrededor de la Calavera. Ahora muchos la llaman isla de Los Pájaros por la cantidad de aves que viven allí. Yo creo que las almas en pena que rondan por ese lugar transmiten su tristeza en el canto intenso de las aves”.

Las experiencias que Gabriel ha vivido junto a las víctimas le han hecho comprender que las historias de dolor provocadas por el conflicto armado colombiano son tan diversas como las crestas papilares que todos tenemos en las yemas de los dedos: cada víctima vive y asume su experiencia de dolor de manera diferente. Es por eso que Magdalenas por el Cauca se ha fijado un nuevo proyecto artístico al que bautizaron como Dibujos crestales de la ausencia. Gabriel y Yorlady quieren recorrer el país en busca de otros relatos y otras huellas; quieren escuchar a otras comunidades para saber cómo sueñan y recuerdan a sus desaparecidos; quieren traducir los “testimonios de la ausencia” en dibujos. Los impulsa la misma convicción de sus inicios: escuchando, pintando y dibujando es posible sanar. ∞



# Las otras caras de la verdad

Por: Ayda María Martínez  
Fotografía: Ricardo Cubides

LA DIRECCIÓN DE ACUERDOS DE LA VERDAD AVANZA EN EL PROCESO DE CONTRIBUCIONES VOLUNTARIAS QUE REALIZAN LAS VÍCTIMAS, OTRAS ORGANIZACIONES E INSTITUCIONES.

DAV

No era un domingo de junio cualquiera. Los miembros de la que fuera la vereda de Salaminita, Pivijay, Magdalena, se reunían después de 16 años de la masacre que arrasó con su pueblo, a rememorar viejos tiempos y hacer un homenaje a las víctimas de aquel 7 de junio de 1999. Se trata del momento que marcó el fin de su vereda pues fue borrada del mapa.

Nunca antes se habían juntado para hablar de lo que les pasó. Ese día querían contarlo, dar su testimonio pues la verdad tiene muchas caras y no puede estar solo en las declaraciones de los victimarios.

Por ello, el encuentro liderado por la asociación de víctimas Asorenacer para conmemorar la masacre de Salaminita y su posterior arrasamiento por miembros del Bloque Norte, no podía estar más lleno de significado. Sin embargo, no había dónde hacer este evento simbólico. Por ello, en medio de la carretera que de Fundación conduce a Pivijay, la comunidad se congregó en una misa: un recorrido

de memoria con algunos sentidos discursos. Desde la orilla podían ver los terrenos cercados de lo que fuera su Salaminita del alma. Muchas de sus tierras les fueron despojadas en medio del terror, algunos lograron vender sus predios a precios irrisorios, presionados por las amenazas de los paramilitares.

A pesar de no tener territorio para conmemorar, la comunidad decidió ese día decirle al país lo que les pasó allí. Su historia tenía que ser contada. Por lo que encontraron en el acompañamiento de la DAV (Dirección de Acuerdos de la Verdad) del CNMH la oportunidad para escribir ese capítulo que también fue borrado por completo de la historia del conflicto armado colombiano.

“Los participantes no tuvieron otra opción que ver desde la carretera sus casas aún arrasadas, detrás de los alambres de las cercas, llorar a sus muertos en la distancia”, detalló el investigador de la sede regional Barraquilla de la DAV, Ricardo Cubides, quien en la búsqueda de contactos para las contribuciones voluntarias se encontró con este desconocido caso.

Un grupo de sobrevivientes de Salaminita salieron a la carretera a conmemorar por primera vez los 16 años de la masacre que arrasó su territorio.



El CNMH conoció que en Salaminita ocurrió una de las primeras masacres de los paramilitares en la región. La estructura paramilitar, bajo el mando de alias “Esteban”, uno de los comandantes del Bloque Norte, se encargaría de “romper la zona en el centro del Magdalena y de llevar muerte y dolor a esta vereda que sumaba aproximadamente cincuenta casas situadas a lado y lado de la carretera. El hacer caso omiso a las advertencias llevó que, primero sus líderes y después algunos de sus pobladores fueran asesinados”, detalló el investigador Cubides.

Después viene la historia del desplazamiento y abandono de sus tierras, momento en el que “Esteban”, con una excavadora, demolió una a una todas las casas. Salaminita desde entonces está en ruinas y la comunidad no ha podido regresar.

Sus víctimas han sido contactadas por investigadores de la DAV para contrastar y complementar la información entregada por los desmovilizados de las AUC que, cobijados por la Ley 1424 de 2010, firmaron los acuerdos de la verdad y que por ello se han acercado a entregar los relatos de los hechos en los que estuvieron involucrados. En este momento están priorizados los bloques Cacique Nutibara, Calima y Tolima.

Por su parte, Alba Gaviria, víctima de la incursión paramilitar en el Oriente antioqueño, también participó con las contribuciones voluntarias a través de un acercamiento que hizo la DAV. En desarrollo del informe sobre las estructuras paramilitares en Antioquia se encontraron nuevas voces.

*“Mis aportes sirven para que tantos casos no se queden impunes. Yo sé que nuestros seres queridos no vuelven pero queda esa paz en el corazón de que se hizo algo por la verdad, que se esclarecieron los hechos”.*

En el caso de Arelia Carvajal el aporte a la verdad se presentó en medio de procesos de fortalecimiento a las víctimas de Santa Fe de Antioquia. “Luego del proceso de dos años las víctimas nos dimos a la tarea de reunirnos otra vez. Nos vino la idea de hacer memoria, de construir un parque en nombre de la memoria de las víctimas acá en Santa Fe de Antioquia”, destacó.

En ese proceso se acercaron al CNMH porque la intención de todos los miembros de su comunidad es que no se repitan los hechos que tuvieron que vivir. “Me interesa que mi familiar, por lo que dicen que fue asesinado, hoy pueda ser dignificado, que se reconozca que se equivocaron. Que sea rescatado su buen nombre y salgan a relucir sus sueños que él como persona única los tenía”, explicó Arelia al referirse a lo sucedido con su familia.

Por ello, Arelia decidió contar lo que pasó con su hermano Diego Emilio y hablar sobre cuáles fueron las causas y por qué estos actores armados ingresaron en su territorio. Para Adriana Rojas, investigadora de la sede regional Antioquia de la DAV, contrastar el relato de quien fue actor armado ilegal con el ciudadano o víctima permite dar más contenido a los informes sobre la incursión paramilitar. 



# Comisión de la Verdad: el diablo está en los detalles

Álvaro Sierra



**La Comisión de Esclarecimiento acordada en La Habana es un paso que nunca se había dado en Colombia, y por eso despierta feroces reacciones. Qué logre hacer dependerá, casi exclusivamente, de quiénes sean sus once integrantes.**

La turbulenta historia de guerras y conflictos colombianos, que va para 200 años desde la independencia, no se ha caracterizado precisamente por la verdad. De hecho, para resolver los unos, por las armas o por la negociación, la otra nunca ha sido importante. De las guerras civiles del siglo XIX, a La Violencia y las desmovilizaciones del XX, docenas de conflictos y movimientos armados se acabaron sin que ni a sus participantes ni al Estado les preocupara mayormente esclarecer qué pasó y por qué pasó, la premisa básica para que no volviera a pasar.

Por eso la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición que acordaron el pasado 4 de junio el gobierno y las FARC en La Habana es un paso sin precedentes en la larga historia de resolución (tantas veces fallida) de conflictos armados que tiene Colombia. Por eso, también, el anuncio de creación de esa comisión de la verdad, como se ha dado en llamarla, despertó feroces reacciones y toda clase de argumentos que buscan falsear su cometido o presentarla como una suerte de comité de impunidad mutuas para desvirtuarla aun antes de que empiece a funcionar.

Por lo visto, hay demasiados personajes e instituciones –de la extrema izquierda a la extrema derecha, en el Estado y por fuera de él– que temen que les toque salir del clóset. La gran pregunta es: ¿saldrán? La respuesta depende, sobre todo, de quiénes serán los once comisionados.

La comisión tiene incentivos (relativos) para que lo hagan: es extrajudicial; los victimarios que declaren ante ella no serán imputables por lo que cuenten y serán acreedores de beneficios en el marco de lo que se acuerde en materia de justicia transicional. La comisión tiene, además, un derrotero claro para tratar de establecer lo que pasó en muchos casos con los aportes de las víctimas, la concurrencia de los victimarios y la participación de la gente en escenarios regionales de esclarecimiento y catarsis.

Que todo eso y otros elementos estén claramente estipulados en las nueve páginas del acuerdo es importante y desvirtúa el argumento de que la comisión va a producir una “verdad negociada”. Pero no es suficiente.

El elemento crucial es quiénes serán los once comisionados.

Como se sabe, a estos los escoge un comité de nueve personas. Seis de ellas serán seleccionadas “de común acuerdo”, por el gobierno y las FARC. Los otros tres son “los delegados de tres personas u organizaciones” que se acuerden en la mesa. Esos nueve –que “deben inspirar confianza en la ciudadanía”– seleccionarán a los once entre cientos o miles de candidatos que postulen “todos los sectores de la sociedad”, incluidas las víctimas.

Por eso, el diablo está en los detalles.

En primer lugar, es una ventaja que no ponga cada uno ‘sus tres’: el resultado sería como el de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, en el que cada parte designó ‘sus seis’ académicos y ‘su relator’ y, en consecuencia, ‘su versión’ de los hechos. (A tal punto ha llegado esa comisión que los seis designados por las FARC y su relator publicaron un libro con sus informes, sin los otros).

Para el comité de escogencia se supone que el gobierno y las FARC tienen que ponerse de acuerdo en los seis nombres. Si terminan acordando avalar los tres que cada parte designe, el comité de selección quedaría compuesto por delegados que representan el punto de vista de las partes, no el de las víctimas o la diversidad de la sociedad.

En segundo lugar, los tres delegados restantes pueden ser, en teoría, desde representantes del presidente Maduro o el gobierno noruego, hasta de Naciones Unidas o la Unión Europea, o figuras independientes y de peso. Esos nombres son, quizá, aún más decisivos, pues serían los que ‘desempatan’ en la selección de los once comisionados.

En tercer lugar, ¿qué significa que los seleccionadores deban “inspirar confianza en la ciudadanía”? ¿Cómo conseguir personas en las que confíen Santos, Uribe y Timochenko y sus seguidores?

Estas preguntas solo tendrán respuestas cuando haya nombres.

Hay pocas figuras en Colombia (y para no pocos colombianos, también fuera de ella) que estén ‘más allá del bien y del mal’ y puedan reunir un amplio consenso de confianza, indispensable para la tarea colosal de esclarecer y promover el reconocimiento de los horrores de todas las partes responsables del conflicto armado. Figuras, digamos, como Carlos Gaviria o Augusto Ramírez Ocampo, ya fallecidos –y aún ellos, no despertaban en vida un consenso completo.

Más allá de su mandato y de los acuerdos de la Mesa, la comisión de la verdad será lo que sean sus once comisionados. Nada más y nada menos. Y todo depende de los detalles de su selección.

# Llevar la memoria al aula

Juan Diego Restrepo



El ejercicio era sencillo: les dije a mis estudiantes que hicieran memoria y relataran algún evento que los hubiera marcado en su vida. Eran estudiantes de los programas de Historia, Sociología y Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia que asistían a la cátedra Memoria Documental en Derechos Humanos, creada con el profesor e historiador Oscar Calvo Isaza.

La idea con esta cátedra era ofrecerles las herramientas teóricas y prácticas para adentrarse en la consulta y análisis de archivos documentales, aquellos relacionados con casos en los que se observaran vulneraciones de derechos humanos. Tal propósito implicaba un proceso de sensibilización de los estudiantes. De ahí el ejercicio sugerido.

Las caras de sorpresa y la risa nerviosa que esbozaron algunos alumnos y alumnas revelaron lo complejo del ejercicio pedagógico. ¿Qué contar? ¿Qué confianza tengo para relatar algo de mis memorias? ¿Por qué contar? ¿Para qué contar? Esas eran las preguntas que los inquietaban, por lo que reclamaron mayores explicaciones.

Yo les dije que como futuros profesionales de las ciencias sociales en un contexto como el colombiano era muy probable que les tocara trabajar con víctimas del conflicto armado en temas de memoria y que era necesario, para una mayor sensibilidad, ponerse en sus zapatos cuando alguien, desconocido, les pedía que contaran sus historias de vida.

Luego de varias explicaciones adicionales y algunos silencios prolongados se animaron y decidieron hablar. Fragmentos de sus pasados, recientes y remotos, fueron escuchados con curiosidad, y hasta algunos se atrevieron a lanzarle preguntas al narrador de turno. En el aula se creó un ambiente de memoria.

A esa clase asistieron 15 estudiantes, procedentes de diversas zonas de la ciudad y de algunas regiones del departamento y del país. Había, por tanto, una riqueza en sus recuerdos que daban cuenta de las tragedias que ha vivido este país por más de cincuenta años de guerra. El ejercicio fue desarrollándose con naturalidad, la confianza había ganado espacio, pese a la dureza de algunos de los relatos.

El turno para contar su historia le tocó a Gloria\*, una joven de una de las regiones de Antioquia, quien dejó su familia en el pueblo para trasladarse a Medellín y estudiar Trabajo Social. Con voz pausada detalló algunas vivencias en su tierra natal y cuando quiso evocar un recuerdo reciente, el que justamente daba cuenta de su decisión de irse a la ciudad, su rostro se entristeció profundamente y comenzó a llorar desconsolada. Hubo un profundo silencio y luego dimos por terminada la clase. Durante mis veinte años de docencia universitaria no había enfrentado una situación tan compleja en el aula. El curso de Memoria Documental en Derechos Hu-

manos era un proyecto experimental, lo dictaba por primera vez, y cada clase era una aventura. Por mucho que proyectara cada sesión, las discusiones y las lecturas generaban muchas preguntas, para las cuales tenía muy pocas respuestas.

¿Qué tanto seremos capaces de hacer memoria? ¿Hasta dónde podremos llevar la selectividad del recuerdo? ¿Podemos manipular a la gente abusando de la memoria? ¿Hay una “moda” de la memoria, que la trivializa? ¿Realmente la memoria nos puede llevar a la no repetición de las tragedias?

Digamos que la percepción se tornó más compleja cuando, en una segunda fase del curso, decidimos acompañar a varias personas afectadas por acciones del conflicto armado en el proceso de documentación de sus casos para que fueran registradas como víctimas y obtuvieran los beneficios que contemplan las leyes colombianas.

Cada estudiante tenía la tarea de hacerle seguimiento a un caso y el escenario propicio era la hemeroteca de la biblioteca de la Universidad de Antioquia. Allí, día a día, acuden decenas de personas en busca de la noticia de sus muertos como uno de los requisitos para su acreditación como víctimas ante el Estado.

Un estudiante reportó así su seguimiento a un caso: “Luego de haber entregado todos los documentos requeridos, le informaron que debía esperar seis meses para que la notificaran como víctima. Pasados los seis meses y al no recibir información, decidió dirigirse a las oficinas de Acción Social para preguntar por su caso, allí le informaron que la documentación que había llevado anteriormente había sido extraviada, por lo que le pidieron volver a llevarla. Debí esperar un año más para ser notificada como víctima”.

Otro estudiante transcribió la entrevista a una víctima que muestra una dimensión compleja de las responsabilidades en la guerra: “El día que asistí a la Fiscalía me atendió un hombre y me ayudó a llenar la información requerida. Cuando él me preguntó quién había matado a mi esposo, le respondí que no sabía, y él me dijo que no podía decir eso, que si quería que me pagaran la víctima tenía que decir que fueron los grupos armados ilegales, y como en ese tiempo habían paramilitares entonces colocó que fueron estos quienes habían asesinado a mi esposo”.

Sin ese ejercicio de sensibilización inicial no hubiera sido posible lograr los objetivos del curso, no solo por el nivel de confrontación que alcanzaron los estudiantes frente a sí mismos y sus historias personales y la de sus compañeros, sino por el nivel de sensibilización que alcanzaron para relacionarse con las víctimas y entender sus tragedias. Las lágrimas de Gloria fueron fundamentales para entender por qué hay que llevar la memoria al aula y buscar entenderla en todas sus dimensiones.

(\*) Nombre modificado por respeto a la estudiante

# MEMORIA EN LA CIUDAD

LUGARES PARA RECONOCERNOS

TEXTOS: LUIS CARLOS MANJARRES Y JUAN VARGAS  
ILUSTRACIÓN: MIGUEL BUSTOS



CLARO, LINDA. YO CRECI POR AQUÍ CERQUITA Y TENGO BUENA MEMORIA... PUEDO CONTARLES MUCHAS COSAS.



POR EJEMPLO, ESTA ESQUINA HA CAMBIADO MUCHO, AQUÍ EMPEZABA EL PARQUE DE LA INDEPENDENCIA... AHÍ SEMBRARON EL BOSQUE DE LA LIBERTAD EN HOMENAJE A LOS DIPUTADOS DEL VALLE.



ES EL CEMENTERIO CENTRAL, AHÍ ESTÁN PERSONAJES DESTACADOS COMO LUIS CARLOS GALÁN, FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, CARLOS PIZARRO...

LE AYUDO, OTROS SON RAFAEL POMBO Y MANUEL CEPEDA VARGAS.

ESPERE HOMBRE... VAYA MÁS DESPACIO, ¿QUÉ ES ESTO?



AQUÍ A LA IZQUIERDA ESTAN EL CENTRO DE MEMORIA PAZ Y RECONCILIACION Y EL PARQUE EL RENACIMIENTO



COMO ESTOS LUGARES HAY MUCHOS EN COLOMBIA: EL SALÓN DEL NUNCA MÁS, PARQUE MONUMENTO DE TRUJILLO Y LA CASA ARANA.

CLARO, EN MEDELLÍN ESTÁ EL MUSEO CASA DE LA MEMORIA.





¿QUÉ ES ESTE LUGAR?

¿MUSEO NACIONAL DE LA MEMORIA?

ESTE ES EL PREDIO PARA EL MUSEO NACIONAL DE LA MEMORIA Y EL MONUMENTO ES EL ALA SOLAR.

AQUÍ HABRÁ UN ESPACIO PARA LAS MEMORIAS, UN LUGAR PARA QUE REFLEXIONEMOS SOBRE EL CONFLICTO ARMADO.



¿TE IMAGINAS TODO LO QUE PUEDE PASAR ACÁ?

SÍ CLARO, PODRIAMOS CREAR, DIALOGAR, CONSULTAR, APRENDER, PERO SOBRETUDO TRABAJAR POR UN MEJOR PAÍS.



ES DECIR, ¿ESTE SERÁ UN ESPACIO DE ENCUENTRO PARA TODOS?



SÍ, SERÁ UN LUGAR PARA RECONOCERNOS EN NUESTRA PLURALIDAD Y DIFERENCIA...

...UN MUSEO VIVO DE PUERTAS ABIERTAS, DE LA GENTE Y DONDE HABITEN LOS TERRITORIOS.

CONTINUARÁ...

# LA MEMORIA ES UN DERECHO DE TODOS



## PRODUCTOS ACCESIBLES DEL CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

- Serie radial en Braille ● Informe ¡Basta ya!: libro hablado
- Resumen de ¡Basta ya! en macrocaractéres y braille ●



Centro Nacional  
de Memoria Histórica



Adquiéralos escribiendo a [pqrs@centrodememoriahistorica.gov.co](mailto:pqrs@centrodememoriahistorica.gov.co)



 [www.centrodememoriahistorica.gov.co](http://www.centrodememoriahistorica.gov.co)

 /memoriahistorica  @CentroMemoriaH

 /CentroMemoriaH  /memoriahistorica

 @CentroMemoriaH

---

**Centro Nacional de Memoria Histórica**  
Carrera 6 No 35 - 29, barrio La Merced. Bogotá D.C. - Colombia  
Teléfonos: (57 1) 796 5060